

BONIFACIO ZAMORA



DEL ISONANCIAS

POESIA DEL FRENTE

1936-1939

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

Bonifacio Zamora

BELISONANCIAS

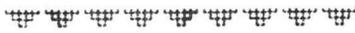
POESÍA DEL FRENTE

1936 - 1939

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Dedicatoria



A DON JESÚS FUENTE IGLESIAS,
CAPITÁN MÉDICO DEL REGIMIENTO DE CAZADORES
DE VILLARROBLEDO.

Te conocí en el frente de Aguilar de Campóo, entre aquellos Voluntarios de Castilla, que después formaron el Primer Grupo de Escuadrones, a pie, de Villarrobledo.

Juntos hicimos veintidós meses de campaña, compartiendo penalidades, servicios y sacrificios por una España mejor, en mútuo afán de patriotismo y de fe; tú al cuidado de los cuerpos, yo al cuidado de las almas de nuestros soldados valientes.

Muy justo es que al frente de estas páginas, las mejores para mí, vaya también mi mejor compañero del frente, en recuerdo de las horas amargas y de los triunfos celebrados con alegría.

Te saluda, brazo en alto, como en los tiempos heroicos de Cabria y de Griegos,

Bf. Zamora

EGLOGA MILITAR

Preámbulo a las "Belisonancias" de Don Bonifacio Zamora, gran poeta y capellán castrense, en campaña toda la guerra

*Don Bonifacio Zamora,
que es buen poeta, buen hombre,
buen soldado y, por encima
de todo, buen sacerdote,
ha hecho aquí unos versos claros
como regatos del monte,
llenos de sol y de luna,
llenos de día y de noche.*

*Hizo la guerra en el campo,
donde la guerra es más noble,
donde la muerte es más bella
y donde Dios es más joven...
Donde tomillo, romero,
lentiscos, jaras y ronces
con el olor de la pólvora
mezclan eternos olores.*

*Y el libro es eso... Paisajes
de España y tan españoles,
que cada alcor, cada otero,
cada llano, cada monte,
cada vega y cada río
lleva de una hazaña el nombre
y los campos por batallas
se mientan y se conocen.*

*Y así suena el libro a gloria
y entre tiros y canciones,
sangre y juventud, nos habla
de precipicios de flores,
de alegría en el combate,
de las cornetas al toque,
de sol en las bayonetas
y de arrogancia en las voces.*

*Pero al caer de la tarde
—estampa final— impone
su silencio a la campaña,
a las cañas sus temblores,
su rumor a la arboleda,
su suspiro al horizonte.
...Y la pareja de amantes
a los linderos del bosque.*

MANUEL MACHADO

INTRODUCCIÓN

Lector: En el jardín del alma mía
plantó la mano odiosa
de la guerra un rosal, que dió una rosa.

Este libro, tal vez rosa tardía,
al viento y aura popular se mece,
abierta su corola...

Y hoy te ofrece
perfume y poésía:
perfume de campaña
y poésía de un Amor..... ¡España!

POR MAR, AIRE Y TIERRA FIRME

ROMANCE PRIMERO

M A R

«Marinero,
guía bien,
que soplan vientos contrarios
y te pudieras perder.

No te fíes de la noche,
que enemiga del sol es
y llevas al sol que a España
dará un nuevo amanecer.

Pide a la Virgen del Carmen
que hoy, en su fiesta, te dé
la bonanza de las olas
que se duerman a tus pies.

Mira que el mar es gigante
y puede ensoberbecer...

Marinero,
guía bien».

Es de noche. Y en el puerto
de Tenerife, merced
a las luces encendidas
de un vapor zarpado en él,
conversando por el muelle
gente principal se vé
que a un personaje saluda
y le despide después.

Una mujer y una niña
son despedidas también;
la niña viste de blanco
y de negro la mujer,
ambas mostrando en su porte
nobleza de buena ley,
distinción y señorío,
elegancia y sencillez.

Suben los tres a cubiertá
y en la cubierta, de pie,
con nuevas muestras de afecto
son despedidos los tres ..

No he de describir los rostros,
pues todos, al parecer,
por efecto de las luces
son de igual color y tez.

Viste el personaje prendas
de general y lo es,
pues como a tal le saludan
cuantos se llegan a él.

Y el último en despedirle,
(que en la manga deja ver
tres estrellas de ocho puntas)
le dice afable y cortés:

—General, Dios le acompañe—.

Y el General, a la vez
que sonríe, le contesta:

—En Él fío, coronel—.

La sirena gime ronca,
se agitan pañuelos cien
y algunas lenguas murmuran
¿se irán para no volver?

Se aleja el vapor luciente
con sosegado vaivén,
en la alta noche, de estrellas
asemejando bajel.

Hacia Las Palmas navega
y hasta desaparecer,
cantan las Islas y canta
el Atlántico también:
 «Marinero,
 guía bien,
que llevas al sol que a España
dará un nuevo amanecer».

A Las Palmas ha llegado
un aviador inglés
y nadie sabe por dónde,
de dónde, ni para qué.

Del avión y el piloto
se murmura desde ayer
que el avión está en Gando
y el piloto en un hotel.

Cuenta además el piloto
que ha venido a recoger
«a cierta persona» y busca
que alguien le diga quién es.

Del avión en las alas
O-H Rapide se lê
y en el hotel, el piloto
se firma «capitán Beed».

Misteriosos visitantes
día y noche van a él
con cautelosas preguntas
que no acierta a responder.

Uno le dice:—¿Qué viaje
se trae por aquí usted?
¿De dónde viene? ¿Y a dónde
y cuándo piensa volver?—

Otro:—Esta tarde, a las cuatro,
en la catedral esté;

iremos a la montaña,
que es regalada merced.

—El general quiere verle —
dice un tercero, a la vez
poniendo en gesto y palabra
un vivísimo interés.

Y uno llega y otro marcha
y éste se va y vuelve aquél
y todo es misterio en torno
del aviador inglés.

Oye a quien le habla impecable
su idioma sajón y, a fe,
que es el tal un castellano
de la cabeza a los pies.

Tras de sus pasos camina
y un papel le dá a leer:
«Condúzcalo ante quien sabe»,
no dice más el papel.

En vano el inglés pregunta
con insistencia ante quién,
porque es secreto que importa
sobre todo mantener.

Y con flemática calma
se dice a solas después:
—¿Qué más dá mañana que hoy?
algún día lo sabré—.

Y escribe cuanto acontece
por el gusto de tener
una breve autografía
de lo que oye y lo que ve.

Y así, con mucho misterio,
van pasando días tres
el avión en el campo
y el piloto en el hotel.

Llegó al puerto de Las Palmas
quedando zarpado en él
el vapor Viera y Clavijo,
antes del amanecer.

Con el sol que luego nace,
la ciudad toma también
una radiante aureola
de rosada esplendidez.

Doblan a muerto campanas
y por las calles se vé
duelo militar, que es luto
de la ciudad a la vez.

¿Qué es aquel fúnebre coche
con negro ataud?... Y aquel
cortejo de clerecía
y de milicia ¿qué es?...

¿Qué las músicas que tañen?
Las salvas que suenan ¿qué?...
El entierro de un Amado
que se mató, sin querer.

Murió el Amado de amores
patrios herido, si bien
la muerte del buen Amado
morir de no morir fué.

Porque morir por España
morir de no morir es;
y él murió por Ella mártir
de su gloria y de su fe.

Ya las estrellas señalan
rutas de honor al deber,
ya los luceros apuntan
flores de rojo clavel,
ya los novios de la muerte
besan su pálida sien

y sangran luz de heroísmo
las cruces de San Andrés.

Hoy eres tú, Amado Balmes;
mañana serán también
los amados falangistas,
los amados requetés.

Cuando la España en su Imperio
hacia Dios, puesta de pie,
contra la Anti-España luche
por su destino y su ser;

cuando el trueno de la guerra
cruja horrísono doquier
y en tierra, mar y aire, nubes
de pólvora ardiendo estén;
¡ah! los Amados de España
morirán, como tú ayer,
general Amado Balmes,
en su gloria y en su fe.

De Tenerife a Las Palmas
llegó —luciente bajel—
el vapor Viera y Clavijo
antes del amanecer.

—¡Paso franco!— dijo España.
Y el mar dijo: —¿Para quién?
—¡Paso franco para Franco!—
dijo España. Y Franco fué...

por la ruta de las olas
con sosegado vaivén,
de la mano de la noche
que enemiga del sol es.

El capitán marinero
guió bien.
El sol de España traía...
Y ya empieza a amanecer.

ROMANCE SEGUNDO

AIRE

La Gran Canaria española
tiene el bellissimo encanto
de una rosa iluminada
que floreciera en un vaso.

Porque, a la vista, semeja
rosa de luz, cuyos pétalos
se abren al sol en colores
en medio del archipiélago.

Dicen otros ser nereida
de ojos y cabellos glaucos
a quien Neptuno aprisiona,
loco de celo, en sus brazos.

Enamorada sonrío
a los continuos halagos
del mar, que con versos de olas
compone su epitalamio.

Rosa o nereida, —isla en suma—
en ella se hará el milagro
de que un nuevo clavileño
—real que no imaginario—

traslade a un nuevo Quijote,
para reparar agravios
de su Patria Dulcinea
contra ruines y bellacos.

Al rededor de la Isla
vuelan rumores lejanos...
El aire los va trayendo,
el aire los va llevando.

Al rededor de la Isla
van mensajeros alados
por las rutas invisibles
de las olas cabalgando.

Su cabalgar es sonoro,
su cabalgar es hablado.
Dice la patria, la guerra,
la gloria y el entusiasmo.

Dice la mano en el pecho
junto a los brazos en alto,
la bandera roja y gualda
y el caballero cruzado.

De Africa dicen las armas
de la Mejala y el Tabor,
las canciones militares
y los himnos legionarios.

Al rededor de la Isla
vuelan rumores lejanos...
El aire los va trayendo,
el aire los va llevando.

La Isla sueña y sonrío
dormida sobre el Atlántico,
al arrullo de las olas
que dicen su epitalamio.

La Isla sonrío y sueña,
princesa de su palacio
de zafiros y esmeraldas
y cristales azulados.

Ha visto en sueños la Isla
aves de cuerpos tamaños,
las águilas de un Imperio
sobre las nubes volando.

De acero son sus entrañas
y los músculos de estaño
y el corazón de motores
con latidos de dinamos.

La Isla sonrío y sueña,
la Isla sigue soñando

con águilas imperiales
que vuelan alto, muy alto,
sobre nubes de tormenta,
que en fulminantes contactos
de pólvora y dinamita
engendran truenos y rayos.

Mientras la Isla sonríe,
un remolcador rizando
trenzas de blancas espumas
va sobre el mar azulado.

Hervores de aguas movidas
salpican su férreo casco,
que, a punta de proa, se abre
por líquidas selvas paso.

Aún en el muelle alborotan
trémulas lenguas y manos
que a los viajeros despiden
con vivas y con aplausos.

Junto a la costa navega
el remolcador. Y un bando
de gaviotas le sigue
por todo el acantilado;

escolta de aves marinas
que, al viento, en cada aletazo
alcanzan mayor altura
y toman vuelo más raudo.

Mientras la Isla sonríe,
dicen también unos labios
sonrisas, pero unos ojos
derraman furtivo llanto,
porque no ven ya el flotante
remolcador que rizando
trenzas de leves espumas
va sobre el mar azulado.

— ¡Ay! Se fué sin despedirse—
gime una niña. Y los brazos
de la madre son a un tiempo
muletas de su desmayo.

Y mientras sueña la Isla,
desde Las Palmas a Gando
es toda la carretera
de polvo leve penacho.

Sobre el pedregoso parche
como de atambor curvado
trepidan motocicletas,
redobla el motor de un auto.

El capitán Beed se anima
con la ilusión de ver claro
el misterio que a Las Palmas,
tres días hace, le trajo.

El capitán Beed sonríe
al contemplar su aparato
con ansia loca de cielo,
con ciega avidez de espacio,
ya las alas extendidas,
ya las hélices rotando,
como águila que luchara
por despegarse del campo.

El capitán Beed saluda,
porque le estrecha su mano
un personaje y le dice:
— ¡Yo soy el general Franco!—

Y general y piloto
se elevan alto, muy alto...
La Isla ha tenido un sueño.
La Isla se ha despertado.

Sobre el mar y por el aire
va el clavileño volando...
Y el clavileño y el aire
dialogan en el espacio:

—¿A dónde va el clavileño?

—A Tetuán y, de paso,
a Agadir y Casablanca.

Dame, aire amigo, la mano.

—Mi mano te doy, mas dime
por qué te fatigas tanto.

—Porque llevo un gran tesoro.

—Te ayudaré yo a llevarlo.

—Es mi tesoro un caudillo.

—Líbrele Dios de naufragio.

—Vale el caudillo un imperio.

—Dios quiera ponerle a salvo.

—Vale el Imperio de España
por la Victoria de Franco.

—Dios de lauros le corone.

--Dios le corone de lauros.

ROMANCE TERCERO

TIERRA FIRME

En Tetuán, bajo el cielo
de una apacible mañana,
cuando la aurora difunde
su rosicler sobre el alba
y al nuevo día que nace
saluda el orbe con salvas
de pájaros y de flores,
de músicas y fragancias,

un bimotor aterriza
y de él, luego, a tierra salta
Franco, vestido de negro,
rapado el bigote y barba,
como nunca sonriente,
somnolienta la mirada,
algo pálido el semblante
y la presencia gallarda.

Aún las hélices dibujan
la rotación de sus aspas,
cuando la Legión honores
rinde, formando la guardia.

Y aun los motores palpitan
estremeciendo las alas,
cuando Franco marcialmente
—erguida la frente—pasa
entre un bosque de fusiles
y bayonetas caladas,
que al sol africano brillan
como pinchazos de llamas...

En Tetuán, bajo el cielo
de una apacible mañana,
hacia Dios el milagro
de dar un caudillo a España.

Es domingo y ser Domingo
de Ramos imaginara,
que Yagüe recibe a Franco
entre vítores y palmas.

Se sublevó hace tres días
el Ejército de Africa
y corre de boca en boca
al vuelo de brisas y auras,
que está preso Romerales,
que Gómez Morato acata

a Solans, que Alvarez Buyl
se rinde ante la amenaza.

Hay en Melilla conatos
de resistencia y alarma
que Heli Rolando de Tella
fácilmente desbarata.

En Ceuta sale a la calle
la guarnición y ésto basta,
en las sombras de la noche,
al intento de ocuparla.

Un Tabor de Regulares
a Cádiz, por mar, traslada
el Churruca traicionero
que se une a la roja escuadra.

Otro va para Algeciras
y la suerte le acompaña
de tal suerte, que ya en Punta
de Mayorga desembarca.

Por el Estrecho y la costa,
de las tropas africanas
aviones enemigos
atisban la presa y caza.

La historia marca una ruta
de Tenerife a las Palmas,
de las Palmas a Agadir,
de Agadir a Casablanca.

A Tetuán, por el aire,
Franco viene de Canarias...
Tetuán, Melilla, Ceuta:
sin novedad en las plazas.

Es domingo y ser Domingo
de Ramos imaginara...
Bien la semana termina,
bien comienza la semana,
a filo de bayonetas
abriéndose una Cruzada

y haciendo Dios el milagro
de dar un caudillo a España.

Por la noche, en los corceles
de las ondas imantadas,
sobre los mares profundos,
sobre las altas montañas,
galopa la voz de Franco
mensajera de palabras
que las antenas recogen
y las repite la fama.

«Españoles, mi saludo
a los leales en armas.
La Patria estaba en peligro
y hemos salvado a la Patria.

Podéis sentir el orgullo
de defender una Causa,
que tanto tiene de justa
como de noble y de santa.

La victoria será nuestra,
si en la bélica jornada
no vacilan nuestros pechos,
ni desmayan nuestras almas.

Arrollador y pujante
el Movimiento ya marcha
por caminos de ventura
y por sendas de esperanza.

Incapaz de contenerlo
será toda fuerza humana.
Dios nos conduce. Españoles,
adelante. ¡Viva España!»

El verbo de la Victoria
se hace carne de la raza;
la juventud siente anhelos
de morir crucificada;
 ciudades, villas y aldeas
oyen la voz que las llama;
Cádiz vigila su puerto;
Sevilla finge arrogancias;
 Vitoria detiene el paso
de las huestes vascongadas;
Galicia, en favor de Oviedo,
por tierras de Asturias marcha;
 con el Ebro, Zaragoza
pone a Cataluña raya:
—La Virgen del Pilar dice
que quiere ser capitana—;
 Burgos corre a Somosierra
y Valladolid escala
el Alto de los Leones
que luego dirá la fama,
 mientras en tromba de gente
va por doquiera Navarra,
cubriendo todos los campos
de amapolas encarnadas...
 El verbo de la Victoria
se hace carne de la raza,
la carne se hace heroísmo
para servir a la Patria.

—¿Qué es de Franco? ¿Qué hace Franco?
—Bien guardado está en Canarias.
Así, por el Manzanares,
murmuran rojas las aguas,
 mientras las olas azules
del Atlántico así cantan:

—Pasó, de noche, volando.
—El aire le acompañaba.
Y así cantan las sirenas
en las costas africanas:
—Pasó por aquí, de día,
con la primer luz del alba.
—La aurora y el sol salieron
a verle, con la mañana.
—La aurora le dió sonrisas.
—El sol brillantes miradas.
—La tierra le dió la mano,
cuando sobre ella posaba.
—Él dió a la tierra el rocío
liquescente de sus alas...

Guardado, sí, bien guardado
está Franco. Dios le guarda.
Líneas y puntos dibuja
su mano ya sobre el mapa.

Las líneas señalan frentes,
los puntos cotas señalan.
Cuarteles son los poblados
y los montes atalayas.

Las orillas de los ríos
son como filos de espadas,
defienden a quien las vela
y hieren a quien las pasa...

Por mar, aire y tierra firme
rutas abre y sendas traza.
Centinela del Estrecho,
está velando las armas.

El pensamiento y los ojos,
allende el Estrecho, lanza
desde las cumbres altivas
de las costeras montañas.

Las olas y las sirenas
tejen azules guirnaldas,
que luego a sus pies arrojan
cantando en son de alabanza:

—¡Al Victorioso! ¡Al Sagrado!
—¡Al León en la batalla!
—¡Porque conquiste la tierra!
—¡Porque redima la Patria!

Y en el aire hay un potente
coro de voces lejanas
con armonía de rezos
y música de plegarias...

—¡Dios le salve! ¡Dios le guíe!
—¡Dios le dé su brazo y gracia!
—¡Al Noble!

—¡Al Franco, elegido
para Caudillo de España!—



I

Dijo Dios en el principio:
—¡Sea la Luz! —
Y fué España.
—¡Sea el Hombre! —
Y fué el Caudillo.
Y formó Dios un Imperio
en molde de sacrificios,
con harina de Victoria
y levadura de Siglos.
Milagro fué.
¡Dios lo hizo!

Sigüenza, Abril de 1939.

II

Por la anchurosa plaza de la villa,
de tres en fondo y con marciales pasos,
entran alegres y a la guerra marchan
los Voluntarios.

En la nave mayor de la amplia iglesia
tensas las almas, trémulos los labios,
la Salve Popular alegres cantan
los Voluntarios.

Cara a la muerte, en la trinchera oscura,
por la gloria de Dios, de España y Franco,
alegres luchan y las armas velan
los Voluntarios.

Los Voluntrios de Castilla saben
de oración y de lucha, de entusiasmo
y de marcialidad...

¡Bien hayan ellos,
los Voluntarios!

Aguilar de Campóo, Septiembre de 1936.

III

Tres campanadas = mil gritos:
—¡El avión! ¡El avión!—
Ya viene
por el Cocoto y Terena,
—primera línea del frente—
el pájaro negro
que siembra la muerte.

Alas biplanas,
motor rugiente,
la cola roja,
blancas las hélices,
sobre Aguilar, sobre Cabia,
el ave negra se cierne.
Corre la madre al refugio
y algo murmura entre dientes:
— El Padre Nuestro...

La Salve...

El Yo Pecador...—

Mil veces

al hijo besa y esconde
para mejor defenderle.

Corre el viejo,

el mozo,

el niño...

Corren hombres y mujeres...
En su puesto
solamente
de pie el centinela, firme
permanece
en servicio y sacrificio
de la Patria, alerta siempre.

El pájaro negro
asciende, desciende,
atisba la presa,
sus alas revuelve
y escupe y arroja
sobre ella inclemente
plomo de su pico,
bombas de su vientre.

— ¡El avión! ¡El avión! — miedosa
grita la gente.
Veinte bombas lanza,
veinte veces tremen
la tierra y el aire
de explosiones veinte.

Caen techos, ruedan muros
y derrúmbanse paredes...
Aquí muertos...

Allí heridos...

Ayes...

Ruinas...

Sangre...

Muerte...

¡El pájaro negro
voló sobre el frente!

IV

A la guerra me voy, madre.
 Me voy a la guerra, novia.
 ¿Por qué lloras, madre mía?
 Novia mía, ¿por qué lloras?

Serví al Rey, como soldado,
 y vuelvo a servir ahora,
 como soldado, al Caudillo.
 ¡Caudillo y Rey tanto montan!
 ¿Que no fuí camisa vieja?

Tampoco fuí boina roja.
 Soldado soy, que en el frente
 ser soldado es lo que importa.

Ayer monté mi caballo.
 ¡Oh! ¡Cómo trota y galopa!
 Compradme espuelas de plata,
 compradme leguis y botas.

Y cuando mañana vuelvan
 del frente las victoriosas
 banderas... ¡Para mañana
 compradme camisa y boina!

Madre, me voy a la guerra.
 Me voy a la guerra, novia.
 Traedme aquella medalla
 de mi padre, (que esté en gloria).

¡De prisa! ¡El Escapulario!
 ¡Vuestro retrato! ¡La ropa!
 ¡De prisa!... ¡El último beso
 en la frente y en la boca!

Mi caballo — pura sangre —
 siente espuelas de victoria.
 Yo siento a Dios, siento a España
 ¡y es mi sangre redentora!

V

Las impresiones que anoto
son:

«Si en las primeras horas
del día, por el Cocoto
cantan ametralladoras
con mortífero cantar...
¡Malo! (Así suele empezar).
Y si a falta de sirena,
la campana grande suena
en la torre de Aguilar,
porque allá por el Terena,
Barruelo o Cillamayor
viene zumbando un motor...

¡Peor!

En todas las posiciones
es la novedad del frente
«emociones, emociones...»
y así sucesivamente.

Cabria, Octubre de 1936.

VI

17 de Octubre.

Día de niebla.
Dormían milicianos
y centinelas.

La toma de El Vernorio
fué por sorpresa.

La niebla disipóse.
Y un ave negra
pareció sobre el monte,
vuela que vuela.
El avión lanzaba
bombas certeras.

Cabria, Noviembre de 1936

De un capitán recuerdo
la suerte adversa,
que un casco de metralla
le hirió las piernas.
Se iba en sangre y podía
moverse apenas.
El avión rondaba,
vuela que vuela,
como águila que atisba
la caza y presa.

El capitán miróle
y al verle «Sea
—dijo, al fin, resignado—
lo que Dios quiera».
Tendióse sobre el suelo,
cara a la tierra,
y restalló otra bomba
que en su cabeza
clavó el colmillo agudo
de la espoleta.

Capitán de los Ríos,
dime:—¿En qué estrella,
en qué lucero haces
la guardia eterna?

Cabria, Noviembre de 1936.

VII

Por la carretera
viene la ambulancia.
Trae seis heridos,
los seis de metralla.

Es fiesta en el pueblo.
Por el pueblo pasa
y a la carretera
salen las muchachas.

De los seis heridos
saben la desgracia.
Lastimosas miran,
compasivas hablan.

Una niña rubia,
que oculta su cara,
en los bellos ojos
enjugó una lágrima...

Por la carretera
pasó la ambulancia.

Aguilar de Campóo, Noviembre de 1936

VIII

Cuando salió de Aguilar,
élla le dijo riendo:
—¡No me olvides, capitán!—

Herido vino del frente,
curado volvió a luchar.
Y élla le dijo llorando:
—¡No me olvides, capitán!—

El se fué... por el camino
que hacia los luceros va.
Y élla... riendo y llorando
se olvidó del capitán.

Cabria, Noviembre de 1936

IX

Soldado era ya José,
cuando le conocí yo,
del Grupo Primero a pie
de Villarrobledo. Y fué
en Aguilar de Campóo.

Anduvo primeramente
«Voluntario de Castilla»,
buena tropa, brava gente
que debutó en aquel frente,
delante de Quintanilla.

Después y por Aguilar
de parapeto en trinchera
pasó un año entre Nestar,
Las Angosturas, Grijera,
Cabria, Vernorio y Pomar.

De todas las posiciones
sacó José un repertorio
de guardias y precauciones;
mas lugar de tentaciones
fué para José el Vernorio.

Una de éllas, vedla aquí
como él mismo nos la cuenta,
cuando se acerca hasta mí
y sin más que porque sí
al lado mío se sienta.

Con la mayor sencillez
dice y se me echa a llorar:
«Padre, confiésemle usted,
porque es que estuve una vez
a punto de desertar».

Con tal gesto de extrañeza
miré yo a mi penitente,
que bajó ojos y cabeza;
mas recobró la entereza
y añadió seguidamente:

«Padre, fué una tentación
que rechacé prevenido.
Escúcheme en confesión
y déme la absolución,
porque estoy arrepentido.

Al sonar el Movimiento
yo me vine a Aguilar, Padre,
la mar de alegre y contento,
y previo el consentimiento
de mi novia y de mi madre.

En el pueblo éllas quedaron
para venirse otro día.
Y así fué, pero tardaron,
aunque, a la postre, colmaron
toda la esperanza mía.

Mi pueblo, Padre, es Elecha;
aquel pueblecito, que
como a un disparo de flecha
un poquito a la derecha
desde el Vernorio se vé.

Ver el pueblo a todas horas,
tener en él dos amores,
son cosas tan tentadoras
que a las filas desertoras
darán siempre desertores.

Vamos, le confieso a usted
sin engaño ni doblez,
que, si yo no soy quien soy,
hasta mi pueblo me voy
no una vez, más de una vez.»

De nuevo en mi penitente
clavé una extraña mirada;
pero él muy tranquilamente
siguió la charla pendiente
como quien no teme nada.

«Usted, Padre, ni siquiera
imagina lo que agobia
el amor en la trinchera.
¡Ay, Padre, si usted supiera
lo que es querer a una novia!

Cuando al Vernorio subí,
oía muy claras yo
dos voces dentro dentro de mi:
me decía el amor «sí»
y la obligación que «no».

En fin, que tentado estuve
de hacer una atrocidad
y cien ocasiones tuve;
pero, Padre, me contuve
por... Oiga usted la verdad.

Sobre el Vernorio nevado
tocóme una noche en suerte
(linda suerte de un soldado)
hacer guardia en el llamado
Parapeto de la Muerte.

De pronto, dos bultos veo
entre la nieve cercanos
al parapeto y bien creo
que tengo lo que deseo
al alcance de mis manos.

Siento cristianos deberes
y corro hacia ellos, Padre.
Los bultos eran dos seres
y los seres dos mujeres.
Eran... ¡mi novia y mi madre!»

Hablando siguió José.
Yo no quise saber más.
No me pregunten por qué,
pues decirlo no sabré
y es excusado además.

Mientras con mucha vehemencia
seguía él hablando, yo
le absolví de su inocencia
y le eché de penitencia
las lágrimas que lloró.

A todos decir yo puedo
—¡ah! ¡Qué bueno era José!
¡José nunca tuvo miedo!—
Y era de Villarrobledo,
de Villarrobledo a pié.

Cabria, Febrero de 1937

X

De Pomar era el soldado,
de Villarén la mocita.
De Pomar a Villarén,
cuando él iba, élla venía.
De Villarén a Pomar,
cuando élla venía, él iba.

Una mañana, al cruzarse,
se dijeron «buenos días».
Otra mañana, el soldado
la dijo si le quería.

Lo que élla le respondiera
se da por cosa sabida,
porque después de unos meses
el soldado y la mocita
se fueron otra mañana,
del brazo, a la Vicaría.

Pomar de Valdivia, Febrero de 1937.

XI

Mondéjar era un valiente.
Su fin estaba previsto,
porque duró lo que duran
los valientes y el buen vino.

Poco.

De bala traidora
sintió el corazón herido
y suspiró ¡ay, madre mía!
y se fué con el suspiro.

Villarén, Febrero de 1937.

XII

¡Y que me fuí, madre mía,
a la guerra, voluntario,
sin decirte que me iba!

Perdóname.

Hace seis meses
que estoy en primera línea;
seis meses que tú estás sola,
madre, sin mi compañía.
Tu soledad y mi ausencia
son dos colores que pintan
la filiación más hermosa,
la maternidad más digna.

¿Novedades?

Las de siempre:

«La bala en el aire silba,
la bomba en la tierra cruje
y el centinela vigila».

Anoche soñé contigo,
soñé que tú me decías:
— ¡Hijo mío! Si te hieren,
yo curaré tus heridas
con bálsamo de cariños,
de besos y de sonrisas.
Si te matan, ¡hijo mío!
te ofrendaré como víctima,
de una gente pecadora,
de una Patria redimida.

Anoche soñé...

Y soñaba

¡ay! que me fuí, madre mía,
a la guerra, voluntario,
sin decirte que me iba.

Cabria, Marzo de 1937

XIII

El Moral tiene su historia.

El Moral
fué la avanzada del frente
entre Revilla y Pomar.

Una mañana de niebla,
de niebla y oscuridad,
fué perdido. Y en la tarde
era recobrado ya.

Dos batallones contrarios
en sorpresa de alcotán
cayeron en la avanzada.

La lucha fué desigual.
Veinte hombres la defendían;
en verdad,
veinte leales mandados
por un alfez leal.

—¡Alférez Torres!

—¡Presente!

—¡Mi Alférez, descansa en paz!

¡Aragón vela tu sueño
y la Virgen del Pilar!—

Allí, en posición de firme
voluntad,
sucumbió el cabo Cabito
con diez compañeros más.

—¡Ay, pobre cabo Cabito,
rubio de rubio trigal,
cómo la hoz segó el tallo
de tu espiga sin granar!—

Una tarde y una noche,
muertos de cara al altar,
les veló Villarrobledo
en la iglesia parroquial.
Y en Báscones enterrados
sus cadáveres están;
honra que tierra tan santa
al Valle Valdivia dá.

Aquellos once Caídos
por una España Imperial
dieron a Dios alma y vida.
Y dejaron además,
para constancia, el recuerdo
de El Moral.

Aguilar de Campóo, Marzo de 1937.

XIV

«Padre, — me dijo Garmendia
en Cabria — ya tengo novia».

Y la novia de Garmendia
era su ametralladora.

¡Ay! En Cabria una mañana
la «Oquis» se volvió loca
y cayó sobre Garmendia
dándole besos, furiosa.

Sus besos eran de muerte,
besos de plomo y de pólvora.
Garmendia murió.

¡Garmendia
murió abrazado a su novia!

Frente de Aguilar, Mayo de 1937

XV

Aquí cayó...

Dejando sangre y carne,
a rastras se escurrió por estas peñas.

Y cuando ya llegaba
cerca de la trinchera,
¡ay, madre mía!, dijo. Quedó inerte
y un cañonazo le cubrió de tierra.

La Lora, Mayo de 1937.

XVI

...Aquél caballero
picó en los ijares
espuelas de viento
y el caballo herido
voló...

Y en el vuelo
del blanco caballo
se fué el caballero,
— airón, ala, pluma,
rayo, llama y fuego —
a montar su guardia
sobre los luceros...

Y una estrella llora
lágrimas de duelo.

La Lora, Mayo de 1937.

XVII

Todas las mañanas,
después de la Misa,
contemplo a Menaza.

Templo profanado,
torre sin campanas,
tejados hundidos,
paredes ahumadas,
zaguanes oscuros,
calles solitarias,
semejan abiertas
puertas y ventanas
órbitas vacías,
bocas desgarradas.

Duélenme sus ruinas
como una desgracia;
como un metrallazo
me duele Menaza,
cuando le contemplo
todas las mañanas
desde mi trinchera,
mirador de Cabria.

Cabria, Junio de 1937.

XVIII

De campanas
fabrican bombas los rojos.

Por el atajo de Cabria
todos los días subía
la camioneta y bajaba.

Por el atajo subía
despacito una mañana.

Un avión enemigo
sobre el atajo volaba.

Por el atajo, una bomba
hizo explosión. Y una racha
de plomo, la camioneta
averió sobre la marcha.

Y dijo un soldado al chófer:
—¿Qué es esto?—

Y el chófer—Nada—
le respondió.—Que ha caído
del cielo media campana—.

En Las Angosturas, Junio de 1937.

XIX

Si a Nestar todos los días
el camión blindado pasa
para hacer el suministro
de la plaza,
de Nestar a Cordovilla
hay una raya, la raya
que ponen los Escuadrones
que el Capitán Arias manda.
¡Y no hay majo que la pise
ni que se atreva a pasarla!

Nestar, Julio de 1937.

XX

— Que en la fuente de Grijera
hechizó con su mirada
una moza casadera
a un brigada —
dice la gente y no miente.

— Que la moza es hechicera
en sentido de agraciada —
dice y no miente la gente.

- Que la fuente está hechizada
y que en sus aguas murmura
de la moza y del brigada —
eso la gente asegura,
pero nada
se sabe concretamente.

Yo he preguntado a la fuente
y al oído
la fuente me ha respondido:

— Inocente,
el amor por la hermosura
no es cosa de hechicería,
que es cosa tan natural
como al agua la frescura
y la claridad al día
y la tersura al cristal.
Ayer, hoy, mañana, igual
es y será como ha sido.
La moza busca marido,
busca el brigada mujer.
Él soltero, élla soltera,

cuando él quiera,
también élla ha de querer.—

¡Qué sincera
es murmurando la fuente
de Grijera!

Grijera, Julio de 1937

XXI

¿Qué hizo el moro a la gitana?
No sé; pero élla saltó,
como una víbora, y dijo
al moro una maldición.

Dijo la gitana al moro:
—¡Mojamé! ¡Permita Dios
te den unas almorranas
que llenes el pantalón!—

Estación de Aguilar, Agosto de 1937

XXII

Y ví que San Salvador
de Cantamuga era éso:
muga, límite y mojón,
raya de frente entre rojos
y nacionales...

Y Dios

haciendo la centinela
de Castilla y de León.

Cervera de Pisuerga, Agosto de 1937

XXIII

Estoy en Bustasur,
al pie de Montesclaros,
por donde el Ebro pasa
hacia la mar cantando
estrofas del poema
magnífico de Franco.

—¡Cantabria por España!
¡Paso a Castilla!

¡Paso!—

De noche, doy al cuerpo
reparador descanso
tras de jornada larga
y breve cena, cuando
despierto porque siento
sonar cuatro disparos.

Dispara el centinela
después de echar el alto,
dispara el motorista
creyéndose copado.
Y quedan uno y otro,
gracias a Dios, intactos
y amigos, no sin pocas
excusas del engaño.

Mas, ¿quién vuelve a dormirse?
Del lecho me levanto,
me visto, lavo, peino
y escucho...

Son las cuatro.

La dueña de la casa
me habla tendido y largo,
contándome la historia
de su hijo Antonio.

El llanto

resbala en sus mejillas.
Yo la consuelo, en vano.
Su corazón de madre
no puede remediarlo.

—A su adorado Antonio
los rojos se llevaron
y un mosquetón le dieron
para matar, tirando,
a todos los «facciosos»
que se topara al paso.
Su Antonio no era zurdo,
su Antonio no era malo,
su Antonio era un bendito,
era su Antonio un santo —.

Y Antonio por arriba
y Antonio por abajo,
al fin, con tanto Antonio
yo me quedé «antoniado»;
quiero decir de Antonio
para unos días harto,
quizá para unos meses,
tal vez para unos años.

De Cantabria, por Castilla,
a Vizcaya doy un salto.
En Amurrio me detengo
y por Arciniega paso.
Y en Bortedo, pueblecito
del Valle de Mena, caigo
como quien sueña que cae
y se despierta soñando.

Son tres días y tres noches.
Y al día siguiente, el cuarto
de aquella jornada, ordena
desde Valmaseda el Mando

que las fuerzas de Castilla
rompan el frente.

—Entusiasmo

y decisión. En el aire
suena— ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!—

Villasana y el Ordunte
son ya nuestros.

Ni un disparo

se escucha.

No se vé un rojo.

Digo mal; dos milicianos
de entre unas matas de brezo
saltan como dos gazapos
y corren hacia nosotros
seguros y confiados.

Expectación...

Novedades:

«No hay enemigo. Huyó, a campo
traviesa, por valle y puerto
las armas abandonando.»

—¿De dónde soís?—

les preguntan.

Y el más moreno y más alto

—yo de Bustasur—

declara

—cerquita de Montesclaros.

—¡Tú eres Antonio!—

le grito.

Y él, con los brazos en alto,
en un temblor todo el cuerpo

y a la voz en un desmayo,

—yo soy Antonio—

responde.

—Pues si eres Antonio—

añado

— en Bustasur, sana y buena,
tu madre te está esperando.

— ¡Gracias! ¡Gracias! —

dice Antonio,

se emociona y rompe en llanto.

Llora de agradecimiento

y alegría.

¡Se ha salvado!

Todos comparten con ellos
ropa, comida y tabaco.

Los de su tierra les brindan

alegres nuevas y abrazos.

— ¡Arriba España! —

les gritan

triunfalmente los soldados.

Y el Comandante les dice:

— ¡Enhorabuena, muchachos! —

Hornes, Agosto de 1937.

XXIV

Al tacto, terremoto.

Tempestad al oído. Y en el aire,

a la vista, bandada

de gigantescas aves

sobre montaña, — seno

preñado de volcanes —,

que se abre, se desgarran

y produce al abrirse y desgarrarse,

en lava incandescente, plomo y hierro

por multitud de cráteres...

Esto es un bombardeo de aviones.

¡Quien lo sintió y lo oyó y lo vió, lo sabe!

Reinosa, 20 de Agosto de 1937.

XXV

...Y en su marcha
sigue el Grupo de Escuadrones
por el Valle de Carranza.
¡Cómo los soldados ríen!
¡Cómo los soldados cantan!

Al paso de los soldados
por las tierras de Vizcaya,
en villas y caserios
son todas banderas blancas.
Al paso de los soldados,
entre vítores y palmas,
unos lloran de alegría,
ríen otros de esperanza...

Al paso de los soldados,
de entre un corro de muchachas
salen dos niñas de luto
con un cesto de manzanas.
Al primer soldado ofrecen
y el primer soldado exclama:
— ¡Oh, qué manzanas tan ricas!
¡Y qué dos niñas más guapas!—
Otro soldado pregunta:
— ¿Para quién son las manzanas?—
La niña mayor responde:
— Para vosotros. Tomadlas—.

El primer cesto reparten
y echan a correr a casa
y vuelven con otro cesto
las dos niñas enlutadas.
La niña menor—un ángel—
reparte, sonrío y calla.
La niña mayor—otro ángel—
reparte, está triste y habla:

—Mi papá todos los años
las recogía y guardaba...
Un soldado la interrumpe:
—¿Luego este año no las guarda?
La niña mayor prosigue:
—A papá no le hacen falta.
Le fusilaron los rojos
allí, contra aquella tapia—.

No lejos, donde su linda
mano de nieve señala,
hay una cruz de madera
y en la pared unas manchas.
Y allí, el soldado más hosco
va, se descubre y se pára...
Y en cruz y pared, rezando,
sendos ósculos estampa.

Las dos niñas—los dos ángeles—
como si les diesen alas,
vuelan de casa a la calle
con el cesto de manzanas.
Però ya no vienen solas.
Su mamá les acompaña.
De luto trae las ropas
y de tristeza la cara.

—¡Soldado!— dice al soldado—
Te ví desde la ventana
cuando la cruz y la sangre
de mi marido besabas.
—¡Soldado!— dice al soldado—
Por tus besos, muchas gracias.
Has besado sangre tuya,
sangre de un mártir de España.

Madre, soldados y niñas
 se miran. Y en sus miradas
 hay amor de hijos, de hermanos,
 de esposos y madres.

¡Lágrimas!

Ramales, Agosto de 1937.

XXVI

Francisco se fué a la guerra,
 voluntario, una mañana,
 después de haber comulgado
 y oído la Misa de Alba.

Despidióse de la novia.
 Su madre le dijo «aguarda»
 tan solo para ponerle
 sobre el pecho una medalla.

Serio, muy serio Francisco
 por la carretera blanca
 iba en el auto de línea
 pensando en lo que dejaba:

A su madre sin el hijo,
 sin el amante a su amada,
 sin mayoral el ganado
 y sin brazos la labranza.

Francisco vuelve del frente
 de Aragón. Hacia la aldea
 vuelve en el auto de línea
 por la blanca carretera.

Además de la medalla
 preñada de la guerrera,
 Francisco trae una cosa
 que a nadie dice ni enseña.

Vuelve muy serio, muy serio,
pensando en quienes le esperan:
en la madre y en la novia,
en la casa y en la hacienda.

Francisco viene pensando
en el pueblo y en la iglesia
y en regalar una joya
a la Virgen de la Vega.

Francisco no dijo nada.
Pero en el pueblo se supo
que era un hombre de cabeza,
de corazón y de puños.

Contábanse de él hazañas
de un arrojo sin segundo;
asalto de parapetos,
captura de tanques rusos.

Cara al enemigo, en lucha
con bombas de mano pudo
romper líneas enemigas
y hacer prisioneros muchos.

Francisco nada decía.
Pero en el pueblo se supo
que ganó una Laureada
y el Caudillo se la impuso.

Es un día de Septiembre,
día de gozo indecible
para el pueblo de Francisco.
Es la Fiesta de la Virgen.

De luz el cielo y de gala
el vecindario se viste.
Niños, jóvenes y viejos
en entusiasmo compiten.

En balcones y ventanas,
porque mejor lo publiquen,
hay banderas con escudos
de España Una, Grande y Libre.

Esquilones y campanas
con volteos y repiques
tocan a fiesta en la torre.
Es la Fiesta de la Virgen.

En la Fiesta de la Virgen,
al salir del Santuario,
con los que llevan las andas
va el anónimo soldado.

Sobre el uniforme lleva
la medalla que las manos
de su madre le impusieron
cuando marchó voluntario.

Pero, ¿qué tiene la Virgen,
que todos la miran tanto?
¿Qué tiene, que hasta la madre
de Francisco está llorando?

La Virgen lleva una joya,
que es de Francisco regalo.
¡Lleva la Cruz Laureada
de San Fernando!

Cosa (Teruel), Octubre de 1937

XXVII

Pues verán ustedes:

Yo tenía un piojo
patilargo, viejo,
comilón y gordo.

Lucía una pinta
negra sobre el lomo,
madrugaba mucho,
descansaba poco.

En la descubierta
de un día de Agosto
cayó prisionero
entre Puño y Codo.

Padeció sumaria,
previos los exhortos.
Y... ya ven ustedes
que yo tuve un piojo.

Terriente, Diciembre de 1937.

XXVIII

—Dios me ha dado un hijo,
señor capitán.

Quiero conocerle,
como es natural.

Mi mujer me escribe
que no hay novedad,
que el niño parece
que dice papá.

Quiero conocerle,
señor capitán.

Mi mujer me dice,
como es natural,

que vaya al bautizo
 para Navidad;
 que todo lo tiene
 preparado ya
 —padrino y madrina—
 para cristianar.
 Déme usted permiso,
 señor capitán.

A la guerra vine
 por mi voluntad,
 dejándolo todo,
 familia y hogar.

Nueve meses llevo
 sin ir por allá...

¡Dios me ha dado un hijo!
 ¿Y usted no me da
 no me da permiso,
 señor capitán?

III / Frías, Diciembre de 1937.

XXIX

Apunte de guerra
 que escribió un Brigada:
 «Una cota, ¡Dios mío, que cota!
 ¡Alta!
 Una fuente, ¡Dios mío, qué fuente!
 ¡Clara!
 —Tengo sed— yo te dije. Y dijiste:
 —Agua!—
 Mas la bota empiné y ¡vaya vino!
 ¡Vaya!

Yo bebía, bebía y bebía...
 ¡Basta!
 Porque nada a la sed como el vino.
 ¡Nada!»

Moscardón, Diciembre de 1937

XXX

Día de sol. Y nevados
 los Montes Universales.
 De manto de carmelita
 el ambiente y el paisaje.

«Que te quiero»,
 iba cantando

el acemilero. El aire
 desde el Rayo a Loma Rasa
 llevaba la voz cantante.

«Que te quiero»,
 repetía

la voz, haciendo compases,
 a compás de la andadura,
 con el ruido de los bastes.

Y paró el acemilero
 la mula. Y siguió adelante
 con el cantar:

«Que te quiero
 y que te quiero y a nadie
 se lo he dicho todavía
 más que a la Virgen del Carmen».

Retortón, (Toril), Febrero de 1938.

XXXI

Es voz y fama en Teruel
que un amante capitán
—nuevo Diego de Isabel—
dejó escrito este papel,
camino de Corbalán.

«Reina mía, en Aragón
te ví tan buena y hermosa,
que en mi mente y corazón
ya no tuve otra ilusión
que ganarte para asposa.

»Con esta ilusión vivía
yo tan feliz que, en verdad,
para mí ya no existía
fuera de tí, reina mía,
ninguna felicidad.

»Mas ¡ay! desde que la guerra
te arrebató de mi lado,
un pensamiento me aterra:
el de ser sobre la tierra
el hombre más desdichado.

»Pienso en las tristezas de hoy
y en las venturas de ayer.
Y tan lejos de tí estoy,
que aunque buscándote voy,
quizá no te vuelva a ver.

»Y este pensamiento horrendo
sólo le turba el estruendo
de los cañones, que están
cerca de Teruel, subiendo,
camino de Corbalán.

»Reina mía, el día aquel
en que rindió un coronel
la roja y gualda bandera,
caiste tú prisionera
de los rojos, en Teruel.

»No me lo recuerdes, no;
que luchando estaba yo
en el Seminario, cuando
vendida al contrario bando
la vieja plaza cayó.

»¡Qué de ruinas y de horrores
y de angustias y gemidos
y gritos desgarradores
y blasfemias de opresores
y silencio de oprimidos!

»Una noche, noche fría,
de la ciudad escapé
por el Turia, reina mía,
recobrando con el día
la libertad y la fe.

»El placer que yo sentí
contrastaba con la pena
de verme lejos de tí,
reina mía, para mí
tan hermosa como buena.

»Por vaguadas y rastros
a Corbalán te llevaron.
No ablandaron a los rojos
las lágrimas que tus ojos
para ablandarles, lloraron.

»Ya ves por qué, sin ventura,
mis pies caminando van
en busca de tu hermosura
por la Sierra áspera y dura,
camino de Corbalán.

»Tres lazos llevo en el brazo,
mi prisionera querida.
Son de oro. Y cado lazo
en mí responde a un balazo,
cada balazo a una herida.

»Tres veces herido fui,
tres veces mi sangre dí
en la nacional campaña
por mi Dios y por mi España,
por el Caudillo y... por tí.

»Con tu cuidado y presencia
curástemme del dolor.

Hoy, que me duele tu ausencia,
¿quién me cura la dolencia
de la ausencia de tu amor?

»Duélesme tú de tal suerte
que no hallo sin tí contento.
Y mi dolor se convierte
en el dolor de tu inuerte,
mi único pensamiento.

»Mas, si vives todavía,
reina mía prisionera;
si tú corazón confía
en que ha de llegar el día
de tu libertad, espera.

»Ese día, cien cañones
romperán en un rugiente
trueno de detonaciones.

Y bajo cien aviones,
roto el fuego y roto el frente,

»El primero en el avance
marchará tu capitán.

Y no ha de haber quien le alcance,
cuando en tu busca se lance,
¡camino de Corbalán!»

Terriente, Marzo de 1938.

XXXII

De Villar del Cobo a Griegos,
de Griegos a Gualaviar,
— kilómetro más o meros—
seis kilómetros habrá.

Para el que de Griegos sale,
todo el camino es bajar
hasta las casas de Búcar,
que viene a ser la mitad.

El camino es delicioso
bajo un sombrío pinar
donde muchos arroyuelos
juegan a quién corre más.

Y la silvestre hermosura,
la fronda y amenidad
son nidos de ruiseñores
que rimas al aire dan.

Hay una fuente que llaman
Cobeta, cuyo cristal
es espejo de zagales
en tiempo de enamorar.

La frescura de sus aguas
en el limpio manantial
calmó la sed que tenía,
aunque luego tuvo más.

La frescura de sus aguas
no vale para calmar
la sed de muchos zagales
que beben agua y se van.

Pinar adentro, en el bosque
donde más umbrío está,
cantaba una zagalilla
las ausencias de un zagal.

Cuatro milicianos rojos
le pidieron leche y pan
y después se lo llevaron
a fusilarle quizás.

Cansóse la hermosa niña
de llorar y suplicar.
No tuvieron piedad de élla
los que no tienen piedad.

Murió de espanto la madre,
murió el padre de pesar
y un hermano tiene herido
por Dios, en el hospital.

Pinar adentro, en el bosque
donde más umbrío está,
la zagalilla no canta,
llora el siguiente cantar:

— ¡Ay del pastorcito
a quien se llevaron
indefenso y triste
cuatro milicianos!
¿Estará con vida?
¿Le habrán fusilado?

— El corazón mío
les dice a mis labios
que vive y aguarda
igual que yo aguardo
a que le liberen
las tropas de Franco.

— Él volverá entonces
contento a mi lado.

Será todo suyo,
mi casa y rebaño.
Y a falta de lecho,
le abriré mis brazos

para que se duerma
 conmigo, soñando.

¡Ay del pastorcito
 que yo quiero tanto!

De Villar del Cobo a Griegos,
 de Griegos a Gualaviar,
 una zagalilla llora
 las ausencias de un zagal.

¡Ay! Y cuántas zagalillas,
 heridas de amor, están
 llorando, porque no tienen
 ausencias de quien llorar!

Guadalaviar, Abril de 1938.

XXXIII

—Mañana es San Juan, zagala.

¿No vienes conmigo a Checa?
 Hay procesión por las calles,
 misa solemne en la iglesia.

Desfilarán los soldados
 en armas y con banderas
 e irán cantando canciones
 de amor, de patria y de guerra.

Antes de comer, zagala,
 quiero ir contigo a Aguas Peñas,
 para decirte una cosa
 que quiero yo que tú sepas.

A merendar, por la tarde,
 iremos a La Espineda
 por el arroyo Hocinillos
 y Estrecho de la Chorrera.

El pase o salvoconducto
 yo sacaré en la Gerencia —

con las firmas del alcalde
y el capitán que lo sella.

Ya no hay barro en los chustales
ni espinas en las arleras
con que te manches los zuecos
y deshilvanes las medias.

De sombras y de murmurios
estará toda la dehesa
tan deliciosa y alegre
que dará bendición verla.

Sombra nos darán, los pinos,
blando asiento las praderas,
grata música las aves
y las fuentes agua fresca.

Así la de los Vaqueros,
aunque en verano se seca,
mana agua clara abundante
solo* porque tú la bebas.

En el pinar, hace un año,
yo te ví por vez primera.
Y la fuente hizo el milagro
de quererte. ¿No te acuerdas?

Sobre sus aguas púisiste
los labios para beberlas
y tu carita, zagala,
quedo en las aguas impresa.

Así el cristal de un espejo
retrata a quien le contempla
y así el cristal de la fuente
retrató tu imagen bella.

En la fuente ví tu imagen
y ya lo de menos era
tener sed y beber agua,
sino quererte, bebiéndola.

Te quise como se quieren
las palomas — macho y hembra —

que juntos van al arroyo
y beben agua y se besan.

¿Tuvo admiración o envidia
la fuente de tu belleza?...
¡Mañana es San Juan, zagala.
¡Vente conmigo hoy a Checa!—

Checa, Junio de 1938

XXXIV

¡Qué malos son
los de Orihuela!

Tienen un Mosén ya viejo
y, por supuesto, una iglesia
en cuyo altar, a diario,
la Santa Misa celebra,
más los domingos que dice
dos misas: una que reza
y otra que canta, llamadas
la Mayor y la Pequeña.
El Buen Mosén administra
los sacramentos, entierra
predica y lee y dirige
los rosarios y novenas.
Y le dan... «los buenos días»
descontando alguna letra.

¡Qué malos son
los de Orihuela!

Dos ermitas tiene el pueblo,
la una en una pradera
bajo peñas y la otra
en un monte sobre peñas,

dedicada ésta a la Virgen
 y a Santa Bárbara aquélla.
 Una sola vez al año
 la Madre de Dios contempla
 a sus devotos (al menos
 se dicen devotos de Ella),
 mas de la hija de Dióscoro
 los vecinos no se acuerdan
 —lo diré gráficamente—
 ni siquiera cuando truena.

¡Qué malos son
 los de Orihuela!

En requetés y falanges
 se dividen, según vieja
 costumbre de hacer partidos
 de izquierdas y de derechas.
 Todos hablan mal de todos
 y mutuamente se pelan.
 Mas como son todos unos,
 el pelo entre todos queda,
 quedando todos pelados
 en la fama por las lenguas.
 Luchan los soldados y ellos
 entre sí politiquean
 y se dicen «boinas rojas»
 y acaso «camisas viejas»

¡Qué malos son
 los de Orihuela!

Orihuela del Tremedal, Junio de 1938.

XXXV

— Quiero recordarte ahora
que una mañana de Abril
yo me escapé de los rojos,
cruzando el Tajo, por tí,
y en Guadalaviar cayendo,
serrana de Albarracín.

— La Sierra estaba nevada.
Mucho tuve que sufrir.
No conocía el camino,
cuando de Cuenca salí.
Dios y tu amor me guiaron,
serrana de Albarracín.

— Feliz era yo sin verte.
Mas, para ser más feliz,
quiso el cielo que te viera.
Y llegó, cuando te ví,
mi felicidad al colmo,
serrana de Albarracín.

— Pero ¡ay! una mala lengua
de mí se atrevió a decir
que luchando por los rojos
había muerto en Toril.
Y tú me enterraste vivo,
serrana de Albarracín.

— No he muerto, no. Todavía,
aunque enterrado por tí,
vivo de amores muriendo,
si ésto se llama vivir.
¡Desentiérrame, serrana,
serrana de Albarracín!

Sierra de Albarracín, Julio de 1938.

XXXVI

— Castellana de Molina,
la flor de las molinesas,
la de las dulces promesas,
la de la voz argentina;
la sólo mujer soñada
por gentil y por hermosa
y la sólo bien amada
por una palabra dada,
con juramento, de esposa;
por tí, castellana, heridos
llevo el alma y corazón
y están todos mis sentidos
y potencias embebidos
en Molina de Aragón.

—Yo, retirado en mi tierra
por ley injusta de Azaña,
al grito de «¡Viva España!»
«Españoles, a la guerra!»,
salí del suelo alavés
y valiente y temerario
llegué al frente, voluntario,
capitán de requetés.
Y supe de tu calvario,
de tu amargura y tus penas...
Y por romper las cadenas
de tu lóbrega prisión,
entrar ofrecí al Caudillo
el primero, en el castillo
de Molina de Aragón.

—Pues la palabra empeñé
de amante y de caballero,
en el castillo el primero
con mis soldados entré,
izando en él la bandera...

Mas ¡ay! en vano ¡ay de mí!
volando en busca de tí
recorrí la villa entera.
¡Cómo verte con mis ojos,
si hacia Sigüenza los rojos
te llevarcn prisionera!
Desde entonces, en espera
de tu anhelado retorno,
por tí, molinesa mía,
con toda mi compañía
vigilo todo el contorno.
Y en calles y callejuelas
tengo puestos centinelas...
Y por tu liberación
me dice mi corazón
que - de los vientos heraldo -
hace guardia hasta el Giraldo
de Molina de Aragón.

A todos los evadidos
de Cuenca y Guadalajara,
que me oyen enternecidos,
yo mis desdichas relato.
Y por si han visto tu cara,
les enseño tu retrato.
Nadie sabe de tu suerte;
y en mi esperanza fallida
de volver de nuevo a verte,
me asalta terrible y fuerte
con la duda de tu vida
la certeza de tu muerte.
Por éso, ven mis soldados
que hay un capitán que reza,
descubierta la cabeza;
y también emocionados,
cuando toca a la oración

en la torre la campana,
rezan por tí, castellana
de Molina de Aragón.

Molina de Aragón, Julio, de 1938

XXXVII

Al alborear el cielo,
la mañana de San Juan,
fuíme derecho a la ermita
que sobre la peña está,
descalzos los pies y el pecho
palpitante de ansiedad.
—¿No te lo ha dicho, serrana,
la Virgen del Tremedal?

Cerrada estaba la puerta.
Yo me cansé de llamar,
sintiendo ya en los nudillos,
en los pies sintiendo ya
y en el alma ya sintiendo
dolor, frío y soledad.
—¿No te lo ha dicho, serrana,
la Virgen del Tremedal?

De hinojos caí a la puerta.
Y luego rompí a llorar
como no he llorado nunca,
ni pienso llorar jamás,
a no ser que tú me vuelvas
a querer y traicionar.
—¿No te lo ha dicho, serrana,
la Virgen del Tremedal?

Díjela yo:

—Madre mía,

pues todo lo puedes, haz
que vuelva sus ojos bellos
a quien sus ojos la da.
Díselo tú, Madre buena,
cuando te venga a rezar.
—¿No te lo ha dicho, serrana,
la Virgen del Tremedal?

Dila que desde la tarde
que la ví en el Castellar
y se apartó de mi senda,
ya no he vuelto a verla más;
¡ay! que con otros zagales
por atormentarme va.
—¿No te lo ha dicho, serrana,
la Virgen del Tremedal?

Dila que regreso al frente
del Tajo y Guadalaviar
por el Portillo y el Cuervo
y la Muela de San Juan.
Dila que, si muero, venga
por mí una salve a rezar.
—¿No te lo ha dicho, serrana,
la Virgen del Tremedal?

Descalzo subí a la ermita,
descalzo volví a bajar.
Por tí, por tu amor y el mío
hice un voto y hecho está.
Lo que yo ofrecí a la Virgen
la mañana de San Juan,
¡ya te lo dirá, serrana,
la Virgen del Tremedal!

Oribuela del Tremedal, Julio de 1938.

XXXVIII

Dicen que está enamorado
Siricio de Pilarín.
¿Será verdad lo que dicen
de esta pareja infantil?

Siricio es un buen muchacho.
Como se suele decir
es «a carta cabal bueno»;
tan bueno, que si entre mil
se me diera a elegir uno,
no dudara en elegir.
Y entre mil, sin duda alguna,
de asistente le elegí.
¿Habrá también elegido
a Siricio Pilarín?

Pilarín es una niña
hermosa, rubia y gentil,
más alegre y juguetona
que arroyuelo saltarín,
menudo el cuerpo, de cutis
color de rosa y marfil,
con una voz de caricia
y un gracioso sonreír.
¿Habrá elegido Siricio
a la hermosa Pilarín?

Dicen que está enamorada
esta pareja infantil.
Al viejo Mosén Teodoro
hále dado en la nariz
el olor de estos amores.

Y háme hoy también dado a mí,
porque al toparles solitos,
feliz élla y él feliz,
se han cubierto sus mejillas
de vergonzoso carmín.

Oribuela del Tremedal, Julio de 1938.

XXXIX

Cuando un calcetín de lana
con lana de Albarracín,
remendaba de mañana,
sentadita a la ventana
la requeté Pilarín,

Pasó cerca un veterano
que dijo a la requeté:
—Eso, pimpollo serrano,
¿es un guante de tu mano
o un calcetín de tu pie?—

No dijo mal; porque al fin,
con medida semejante,
bien entendió Pilarín
que de su pie un calcetín
parece en su mano un guante.

Oribuela del Tremedal, Julio de 1938.

XL

Por templo, el hondo valle.
Por bóveda, la bóveda celeste.
Por retablo, las rocas de la Sierra.
Y por ara, un peñasco con manteles
de musgo, bajo limpios corporales,
blancos como la nieve
que en las umbrías de la altiva cumbre
se dibuja perenne.

La lámpara es el sol.
Son los blandones
las bayonetas a la luz fulgentes.

El pinar, azotado por el viento,
acompaña solemne,
como órgano gigante, el Introito
de la Misa de Requiem
y el Dies Illa sentencioso y grave
que a viejo salmo de David trasciende.

Una pausa.

Un silencio.
El Sacerdote, ante el altar, se vuelve.
Y todo calla y todo,
callando, se estremece
cuando su voz

—¡Emilio Mola!—

dice.

Dice y los aires hienden
miles y miles de gargantas roncadas
que gritan esforzándose:

—¡Presente!—

(Murió por Dios y por España un día.
Descase en paz el Héroe.
Cubre el Cielo de nimbos ya su alma
y la Tierra su cuerpo de laureles).

Sierra de Albarracín, Julio de 1938.

XLI

En Griegos se hallaba Elena,
en Griegos, cuando fué Troya,
a cenizas reducido
por las baterías rojas.

Para herir pechos amantes
élla es ametralladora,
obús en la retirada
y en la resistencia bomba.

A su lado siempre hay fuego,
pues sus ojos—mecha y pólvora—
en cuanto miran producen
explosiones amorosas.

Por París de sus locuras
a un mozo oficial embroma
y porque en el fuego queme
sus alas de mariposa.

Pues ¿quién resiste el ataque
dentro de su trayectoria,
cuando dispara los gruesos
proyectiles de su boca?

.....
.....
En Griegos fué Troya. En Griegos
se salvó Elena de Troya.

Griegos, Agosto de 1938.

XLII

—¡Escuadrón!
 ¡Escuadrones!
 ¡Romped la marcha, oscureced el día!—

Una ilusión me queda todavía
 de las dos ilusiones
 que al comenzar la guerra, yo tenía:
 «ver una carga de caballería
 y en el cielo un combate de aviones».

Pinares de Griegos, 8 de Agosto de 1938.

XLIII

Desolación...
 Espanto...
 Hedor...
 Miseria...
 Llanto
 de tiernas criaturas
 sin hogar y sin padres...
 Sepulturas
 recientes en el viejo Campo Santo...
 ¡Lo fúnebre!
 ¡Lo tétrico!
 ¡Lo feo!
 De todo lo existente,
 después del bombardeo
 en medio de las ruinas
 queda el pilón,
 la fuente...
 y el tiesto de olorosas clavellinas
 que regaba la novia del teniente.

Griegos, Agosto de 1938.

XLIV

Porque el herrero del pueblo,
de su pueblo palentino,
hacía con espoletas
unos preciosos anillos,
una espoleta halló Pérez
y con la espoleta quiso,
en obsequio de su novia,
satisfacer un capricho.

En una sartén la puso
creyendo fuera lo mismo
derretir una espoleta
que poner un huevo frito;
al contacto con el fuego
la espoleta explosión hizo
y quedó el cuerpo de Pérez
catorce veces herido.

Al ver la sangre y de sangre
las ropas y el cuerpo tintos,
mientras el Doctor curaba
sus heridas con cariño,
Pérez penso «yo me muero».
Y apenado y muy contrito,
palideciendo rezaba:
—¡Señor Mío Jesucristo...!

Pérez vive y es soldado...
Ya no sueña con anillos.

Griegos, Agosto de 1938.

XLV

Mal herido de metralla,
por aquí se lo llevaron
la noche en que el enemigo
llegó a las fuentes del Tajo.

Sangre española su cuerpo
por veinte heridas manando,
exangüe perdió el sentido
y allí cayó desmayado.
Con la sangre dió la vida.
Y aún caliente, le enterraron
en la hoya que produjo
la explosión de un cañonazo.
Cuatro días y tres noches
estuvo mal enterrado.

Su Jefe, el del Primer Grupo
de Escuadrones, ha ordenado
que le den sus compañeros
tierra santa en campo santo.
Todos a cumplir la orden
se presentan voluntarios.
«Es nuestro hermano — se dicen —
honremos a nuestro hermano».

Dos oficiales en andas
le llevan y dos soldados.
Y el capitán va delante
de todos, abriendo el paso.
Y le dan sus compañeros
tierra santa en campo santo,
con la que el Pater bendice
y la besa con sus labios.

Era de Villarobledo,
caballero sin caballo;
un anónimo en el libro
del Martirologio Hispano.

Guadalaviar, Agosto de 1938.

XLVI

El Rojo —esclavo ruso—
por la de Albarracín sierra fragosa
se filtró, río arriba y río abajo.
Él sobre el Tajo la cabeza puso.
Y la Espada de Franco victoriosa
cercenó su cabeza sobre el Tajo.

Muela de San Juan, Agosto de 1938.

XLVII

Lavando estaba la niña
en el pilón de la fuente;
lavando estaba la niña,
cuando llegó mi asistente.

Cuando llegó mi asistente,
dejó de lavar la niña
en el pilón de la fuente.

Villar del Cobo, Agosto de 1938.

XLVIII

En el arroyo juguetón y alegre
que los rosales de su huerto baña
estábase lavando
los pies Clotilde, recogida el halda.

Quiso, pero no pudo
represar la corriente; porque el agua
burló la esclusa de sus lindas manos,
saltó rebelde y salpicó en la cara.

De pronto, estremecióse
y repentinamente en su mirada
sombra de espanto, de terrible espanto
fué su sonrisa —claridad del alba—.

Clotilde vió pasar una camilla
con un soldado herido en la batalla.

Sierra de Albarracín, Agosto de 1938.

XLIX

«Si de tantas armonías
como los vientos componen
pulsando cuerdas sonoras
en la enramada del bosque,
dijérate al menos una,
quedárame yo conforme
aunque tu herida quedaras
de males que desconoces.

«Rondas y dianas decía
un serrano a tus balcones
cuando por Abril y Mayo
regabas en ellos flores;
pero se fué con los rojos,
allende el Tajo, y los montes,

aquende, trazan fronteras
entre rusos y españoles.

«Róndate ahora un norteño.
Y pues te dice su norte,
ve en tus ojos y en tu cara
nacer auroras y soles;
que hay quien sufre miopía
y aun se goza de miope
con unos ojos de buho,
claros en la turbia noche.

«Mujer hecha a los gruñidos,
a los rebuznos y coces,
si quieres música y buscas
que los serranos te ronden,
janda y que te den dulzaina
los gaiteros de Alcoroches!»

Así decía un soldado
—escudero algo quiote—
debajo de una ventana
a una fea Maritornes,
que a los toques de retreta
daba retreta de toques.

Villar del Cobo, Septiembre de 1938.

L

Cuentan en Burges que un día
de Imperio —Fiesta en España—
al palacio del Caudillo
una mujer castellana
llegó, pidiendo licencia
para entregar una carta
que el Caudillo en su automóvil
leyó, diciendo en voz alta,
mientras salía escoltado
por la guardia jalifiana:

«Caudillo, así Dios te guarde
como a mí me dé su gracia.
Tres hijos mozos tenía,
que eran como tres estampas
de su padre (que esté en gloria)
y un espejo de mi cara.
Voluntarios de la guerra,
les despedí una mañana.
¡Adiós!, les dije.

Y se fueron
los tres hijos de mi alma.

Y se fueron para siempre
por el cinturón de Archanda,
por las ruinas de Belchite,
por la vega del Alfambra.
En servicio y sacrificio
te los dí para la Patria.
Por ella y por Dios murieron,
honra es que a todos alcanza.
Por ellos yo no te pido
ni pensiones ni medallas.
Pues te los dí y Dios los tiene,
con creer ésto me basta.
Dá a los valientes ascensos
ya los héroes laureadas.
A mí dame tu sonrisa,
cuando del palacio salgas
—Día de Imperio— escoltado
por la guardia jalifiana».

Así leyó. Y sonriendo
guardó en su pecho la carta...

Desde entonces el Caudillo
sonríe siempre que pasa

por la imperial avenida
 —bosque de imperiales águilas—
 bajo los arcos de triunfo
 de los brazos y las palmas.

Es la sonrisa que tiene
 para las madres de España,
 siempre que sale escoltado
 por su guardia jalifiana.

Burgos, Septiembre de 1938.

LI

Avenida de la Isla...
 Sol luminoso y espléndido...
 Banderas rojas y gualdas
 rizando pliegues al viento...
 Camisas y boinas...

Brazos

tendidos en alto...

Recios

víttores de hombres...

Sonrisas

de mujeres...

Niños...

Pueblo.

Flechas y yugos...

Milicias.

Mazas y ediles...

Concejo.

Damas y escudos...

Nobleza.

Birretes y mantos...

Clero.

Aguilas...
 Trompetas...
 Bandas...
 Guardia jalifiana...
 Ejército.

Arco de Santa María...
 Catedral, torres, crucero...
 Armonía de campanas
 en repiques y volteos...
 Oro y entusiasmo...
 Fiesta.
 La Cruz y la Espada...
 ¡IMPERIO!

Burgos, Octubre de 1938.

LII

—¡Rendición y Victoria!
 ¡Victoria y Rendición sin condiciones! —
 ruge el soldado muerto (que esté en gloria);
 —¡Victoria y Rendición! —, ruge el herido;
 —¡Rendición y Victoria! —, el combatiente.

Una es la voz y unísono el rugido
 del cementerio, el hospital y el frente.

La retaguardia entera
 agolpada en redor de la Bandera
 Nacional y de pie con el Caudillo
 de flechas y de yugo coronado
 sobre la gloria de imperial asiento,
 —rota la hoz y roto ya el martillo—,
 debe con redoblado
 grito exclamar y rugidor acento:
 —¡Tú mandas! ¡A tus órdenes, Soldado! —

Burgos, Octubre de 1938.

LIII

En el cielo eternamente
cantan los ángeles

¡MOLA!

Sobre la tierra española
grita la fama

¡PRESENTE!

Burgos, Octubre de 1938.

LIV

Escena del frente.
Grita el Comandante:
—¡Valiente! ¡Valiente
soldado! ¡Adelante!—,
al ver que el infante
sube la pendiente.

—¡Valiente! ¡Valiente
aquel veterano!—,
grita el Comandante.
Y arroja el infante
la bomba de mano,
que escupe el insano
plomo fulminante.

—¡Valiente! ¡Adelante!—,
sigue el Comandante
gritando...

Y espera
que en aquel instante
sobre la trinchera
clave la Bandera
triumfal el infante.

Llega el Comandante
todo sonriente,
todo jadeante.
Abraza al infante,
le besa en la frente
y otra vez
—¡Valiente!—
grita el Comandante.

Burgos, Octubre de 1938.

LV

No sé dónde, oí
un romance nuevo
que decía así:

«Por Dios, por España,
por Franco y por tí,
dulce labradora
de Castrojeriz,
me vine a la guerra
y empuñé el fusil.

Y tú me dijiste:
—¡Vete a combatir
por Dios, por España,
por Franco y por mí!—

Hoy herido sufro
(¡qué bello sufrir!)
y quedaré inútil,
cojo y manco al fin,
por Dios, por España,
por Franco y por tí,
labradora mía
de Castrojeriz».

Burgos, Octubre de 1938.

LVI

La guerra me trae y lleva,
que la guerra es movimiento.
Dejo un río y otro tomo.
Dejo el Tajo y tomo el Ebro.

Ejercí más de dos años
mi sagrado ministerio
en un Grupo de Escuadrones,
a pie, de Villarrobledo.
Y aprendí de mis soldados
a enseñar con el ejemplo.

En sus almas he leído,
igual que en un libro abierto,
que hasta la miseria tiene
virtud milagrosa en ellos,
porque con humanos modos
hacen divinos portentos.

Lecciones de sacrificio,
centinela en parapeto
día y noche, me enseñaste,
soldado.

Te lo agradezco.

¡A tus órdenes, soldado!
Eres mi mejor maestro.

Zaragoza, Octubre de 1938.

LVII

Vendado un ojo
ando por Tremp.
Con sólo un ojo
no veo bien.

Llovía y era de noche
 cuando salí del Cuartel.
 Con el surtidor de piedra
 de la entrada tropecé
 y fué surtidor de sangre
 cuando caí sobre él.

Amparándome en las manos,
 faltas de amparo al caer,
 diciendo «¡Jesús me valga!»
 del suelo me levanté.
 Rotas las gafas, un trozo
 de cristal rasgó mi piel.
 Manaba sangre una ceja
 y una mejilla también.

Aunque rozadas mis piernas,
 andaban firmes mis pies.
 El ojo, por un milagro
 del Santo Cristo salvé,
 del Santo Cristo de Burgos,
 para mí el de más poder.

En fin, (y Dios me conserve
 el buen humor siempre, amén),
 llegar y besar el santo...
 ¡el santo suelo besé!

Tremp, Octubre de 1938.

LVIII

Fusiles = Silbidos.
 Cañones = Estruendos.
 Bombas = Explosiones.
 Ametralladoras = Traqueteo.

.....

Un tembóor la tierra
y el espacio un trueno.

¡En todo el frente
se ha roto el fuego!

Banderas = Avance.
Copo = Prisioneros.
Camillas = Heridos.
Ambulancias = Muertos.

Ayes y vítores.

Juntas
las arengas y lamentos.
— ¡Viva España!
¡Ay, madre mía!
¡Aquí gente!
¡Ya son nuestros!—

Todo es en el soldado
virtud: almas y pechos.

.....

Y allá, en la retaguardia,
los «hombres» discutiendo
si hay mediación.

¡Soldado!
¿Qué dices tú en el Ebro?

LIX

De paseo, río arriba,
por el Noguera-Pallaresa voy...

Cantan los pájaros.
Truena el cañón.

Pájaros y hombres
—medito yo—
pájaros y hombres
¡qué buenos ¡ay de mí! y qué malos son!

¡Luchan unos haciéndose la guerra,
cantan otros haciéndose el amor!

Tremp, Octubre de 1938.

LX

¡Limpio, muy limpio el vestido,
rubia, muy rubia la cara,
en la misa de las nueve
la veo por las mañanas.

La enfermera que me cura
es de comunión diaria.

Se acerca al altar devota,
volar parece cuando anda,
posar cuando se arrodilla
como plegando las alas.

La enfermera que me cura
es una paloma blanca.

Suavemente, suavemente
despega algodón y gasa.
Suavemente las heridas
limpia, purifica y lava.

La enfermera que me cura
es una santa.

Ella cuida de mi cuerpo
y yo cuido de su alma.

Tremp, Noviembre de 1938.

LXI

El moro Juan está herido
herido en el hospital.
Y hasta que salga la luna,
dice que no ha de tomar
manjares ni medicinas
que prohíbe el Ramadán.
El moro Juan está herido,
herido en el hospital.

La enfermera se le acerca
y le dice:

—Moro Juan,
despierta y a comer. Mira,
la luna ha salido ya - .
Y entre el moro y la enfermera
se entabló diálogo tal:
—Si tú estar luna, salir.
—Pues salir, yo luna estar.
—¡Oh, sí! La luna ser blanca.
—Y yo ser blanca.

— Tú más
y ser como luna hermosa.
Pero yo no comer ná,
que tú salir, luna no,
que luna en salir tardar.

Sonriendo la enfermera
al moro deja y se va
para volver con engaños
otra vez al moro Juan.
No hay manera de engañarle,
pues desengañado está.
Y hasta que sale la luna,
mientras dura el Ramadán,
medicinas ni manjares
quiere el moro Juan tomar.

El moro Juan está herido,
herido en el hospital.

Tremp, Noviembre de 1936.

LXII

Salió de Misa el Alférez
y al llegar al parapeto,
ya los cañones rugían
roncos de furor y estruendo,
escupiendo por sus bocas
los salibazos de fuego
en mortíferas granadas
con espoletas a cero.

Avanzaba el enemigo
ganando a saltos terreno,
cuando fué herido el Alférez
por una bala en el pecho.
No se cuidó de la herida,
mas cuidóse de su puesto.
Contra la arpillera estaba,
como león, en acecho.

Dejó el enemigo el campo
de cadáveres cubierto.

Cuando terminó el ataque,
había el Alférez muerto.

Mas, antes de morir, dijo:
—¡Artilleros,
me voy a dar con el alma
«las novedades» al cielo! —

Tremp, Noviembre de 1938.

LXIII

Desde Rioseco
vino la gitana
tras de su gitano,
de morena cara.

En la sala cinco
y al fin de la sala,
se hallaba el gitano
herido y en cama.

Ella no sabía
que herido se hallara.
Y al verle, los ojos
se la van en lágrimas
tras de su gitano
de morena cara.

—No llores, (la dice)
no llores, gitana.
Sólo fué un balazo,
poca cosa, nada—.

Cien veces le mira,
cien veces le abraza,
cien veces le besa
la morena cara.
¡Tanto a su gitano
quiere la gitana!

—Es muy bueno— dice
la enfermera blanca.
Y ella

—¿Sufres mucho?

—Poca cosa, nada.
Mucho más quisiera
sufrir por España—
responde el gitano.
—¡No llores, gitana!

Tremp, Noviembre de 1938.

LXIV

El artillero llora
y llora el Oficial,
porque en la batería
ha muerto el Capitán.

Al pie de los cañones
la bomba al explotar,
en su fornido pecho
herida abre mortal.
El Médico le cura.
Cuando curado está,
al asistente manda
que llame al Capellán.
Confiesa. Y aunque quiere,
no puede comulgar.

—Comulgaré en el cielo—
dice. Y no dice más.
Su vida con la sangre
en vómitos se va.
Sus ojos se le nublan,
a punto de expirar.
En vano la ambulancia
salió del hospital,

porque en la batería
se muere el Capitán.

En casa, con permiso,
el asistente está.
Al Párroco del pueblo
encarga un funeral.
El Párroco le abraza
cuando le ve llegar.
Fué monagillo suyo
en la infantil edad.
Y al ver que va de luto;
—¿por qué de luto vas?—
le dice. Y el responde
echándose a llorar:
—¡Porque en la Batería
murió mi Capitán!—

Tremp, Noviembre de 1938.

LXV

No perdono a la nieve
(y amor me valga)
haber cerrado el puerto
de la Bonaigua.

Entre Esterri y Valencia
de Aneo, jornada
hacia por camino,
—todo esperanzas—
cuandó paró mis pasos
una zagala
que por allí corderos
apacentaba.

«¿De dónde viene —dijo
la catalana—
y a dónde va el soldado
por la montaña?»

Díjela yo: «Curiosa,
¿te va a tí nada
en saber de dó venga
y a dónde vaya?
Vengo, niña, del Ebro
con las Brigadas
que fueron victoriosas
en cien batallas.
Y ganoso de ríos
de puras aguas,
ayer pasé el Noguera
Ribagorzana
y llegué al Pallaresa,
ribera clara.
Hoy el Flamisel limpio
dejo a la espalda;
que por curar de heridas
hondas y extrañas,
voy camino del Valle
de Arán, en marcha
los pies ya lastimados
y herida el alma.
—¿Quién te hirió?
—Una payesa.
—¿Con qué?
—Con balas
de un misterioso fuego
que amor dispara.
—¿Luego amas?
—Amo.
—¿Y sufres?
—Mucho, de largas
ausencias.
—¿Quien te cura?
—Yo me curára
sólo con ver los ojos
de mi serrana.»

Echo a andar y de nuevo
los pies me pára,
diciendo compasiva
con voz de lástima:

«—Vuélvase el buen soldado,
vuélvase y vaya
a curar a otros valles
males del alma,
que anoche cerró el puerto
la nieve blanca -».

No perdono a la nieve
(y amor me valga)
haber cerrado el puerto
de la Bonaigua.

Tremp, Diciembre de 1938.

LXVI

¿Eres Font Bella o Font Vella
Fuente Bella o Vieja Fuente?

Vieja te dice la gente.
Mas, ¿por qué te dice bella
el teniente?

En el agua trasparente,
pura y clara
de la fuente
vió la cara,—bella cara—
de una «minyona» el teniente.

Y la gente
no la dice bella fuente,
porque es vieja.

Pero es bella
la «minyona» catalana

que va a élla
sonriente.

Y en torno de la Font Veila,
—cristal de agua trasparente—
ya no hay tarde ni mañana
sin la ronda, sin la diana
del teniente.

Tremp, Diciembre de 1938.

LXVII

¿Te acuerdas?

¡Qué bien cantaba
aquella ametralladora!
Por la memoria del Sargento Sáez,
es digna de memoria.
Fué en Griegos, en la Sierra
de Albarracín famosa.
Fué en Griegos, cuando Griegos
cercado fué por las mesnadas rojas.

¡Aquella ametralladora
qué bien cantaba!
La decían los rojos
«Marchena».

Cada

peine de tiros
que disparaba,
era la copla
—rima de balas—
del «cante hondo»
de su garganta.

Tan bien cantaba
en la torre de la iglesia
aquella ametralladora,

que, al sonar, de las trincheras
 contrarias salían voces
 repetidas por la Muela
 de San Juan y por la Fuente
 Pumaradilla y Dehesa,
 voces de alarma, gritando:
 —¡Camaradas! ¡Cuerpo a tierra!
 ¡Marchena canta!
 ¡Canta Marchena!—

En Campaña, Diciembre de 1938

LXVIII

La bella Rosalía,
 que tenía un jilguero, no tenía
 qué darle de comer.

Amaneció

y pensó Rosalía:

«Cualquier día
 se muere el jilguero. ¿Qué haré yo?»

A los disparos de una batería,
 Rosalía tembló.

Y ante el peligro de una muerte cierta,
 Rosalía piadosa
 con sus manos de nácar y de rosa
 dejó la jaula abierta
 y el jilguero.....

.....

.....

voló.

Novedad en el frente: un prisionero.
 —¿Qué dice?

—Pía.

Era el jilguero
 de Rosalía.

En Campaña, Diciembre de 1938.

LXIX

Víspera de Navidad.
Sabe a victoria el ambiente.
Novedad:
«Muñoz Grande rompe el frente».

Víspera de Navidad.
Estoy atento el oído
a la Radio. . . .
Novedad:
«Muere Martínez Anido».

Novedad de Navidad:
«Asalto de posiciones
y villancicos de amor.
Se toma el Desfarrador.
Siguen las operaciones.
¡Ha nacido el Redentor!

Tremp, Navidad de 1938.

LXX

—¡Me han herido! ¡Me han herido
cerca de Cap de la Serra!
Camino de aquel empalme
o cruce de carreteras,
sentí entre pecho y espalda
como una pedrada recia
que me derribó en el suelo,
falto de sentido y fuerzas.
¡Me han herido! ¡Me han herido
cerca de Cap de la Serra!

—¡Arriba España!—gritaban
y eran sus gritos blasfemias.
—¡Viva Franco!—repetían
asomando en las trincheras.

Nos creímos, por sus voces,
de la rendición y entrega.
Y cuando íbamos corriendo
a darles la enhorabuena
por su libertad . . . ¡canallas!
tiran y se parapetan.
¡Me han herido! ¡Me han herido
cerca de Cap de la Serra!--

Así a un castellano viejo
oí quejarse por tierras
de Cataluña, dolido
de una herida y de una afrenta.

Tremp, Diciembre de 1938.

LXXI

El Niño Dios nace.
Su Madre le besa...
Suenan la zambomba
por la Campaneta.
Suenan la zambomba
por Cap de la Serra.
Por Cap de la Serra.
suenan los cañones.
¡Ay, que Nochebuena!

El Niño Dios nace.
Los ángeles velan...

Por Comiols abajo
la zambomba suena.
Suenan la zambomba,
camino de Artesa.
Camino de Artesa,
suenan los cañones.
¡Ay, que Nochevieja!

Tremp, Navidades de 1938

LXXII

— Ven a mi lado, Hermanita.
No te vayas, enfermera.
Me ahogo al hablar. Me asfixio.
Me falta el aire.

¡Qué pena,
morir sin ver a mi madre,
sin ver a mi novia! ¡Si éllas
supiesen de mí!...

Os suplico
un favor: copiar las señas
de mi madre y de mi novia
y escribirlas, cuando muera;
decirlas que he confesado
y comulgado; que vengan
y se lleven mi cadáver
a darle tierra en mi tierra.
¡Qué consuelo! ¡Qué alegría!
¡Qué felicidad!

¡Qué pena,
morir sin ver a mi madre,
sin ver a mi novia! ¡Si éllas
supiesen de mí!...

Os suplico
otro favor: yo quisiera
que a falta de madre y novia,
en este momento fuérais,
Hermanita, tú mi madre
y tú mi novia, enfermera—.

Así diciendo, moría
la noche de Nochevieja
aquel castellano herido
cerca de Cap de la Serra.

LXXIII

Herido una vez cayó
muy cerca de la alambrada
enemiga, un camarada.

Y salió
voluntario
un mocetón legionario
a recogerle.

Y al hombro
cargó con él.

Y el asombro
fué
que
después de hacer de «Tancredo»,
él dijera muy «chirene»:

—¡Vaya miedo! Y... ¿quién no tiene
miedo?—

En Campaña, Enero de 1939.

LXXIV

Por el aire
llegaron a mis oídos
los versos de este romance.

«Déjame subir, soldado,
al pico de Montmagastre.
Déjame bajar, soldado,
al Segre por los pinares.

«Vengo a pie de Montañana,
la carretera adelante,
porque el menor de mis hijos
ayer cayó en el combate.

«Déjame subir, subir,
antes que caiga la tarde.
Déjame bajar, bajar,
para enterrar su cadáver.

Déjame subir al monte,
déjame bajar al valle,
sin otro salvoconducto
que mi cédula de madre».

Montargull, Enero de 1939.

LXXV

¡Monte de Brialú!
¡Ribera azul del Segre!
«¡Y cuánto de fatiga
y cuánto de dolor está presente!»

La tierra catalana
sangre española ha recogido.

El germen
no puede ser mejor.

Sangre española
—amor, valor, fervor—nunca fué estéril.

¡Monte del Brialú!
¡Ribera azul del Segre!
¡Cataluña!

Si España te dá vida,
es en vano que quieras darte muerte.

Montargull, Enero de 1939.

LXXVI

A la vera, vera
de un verde olivar,
—río y carretera—
me puse a escuchar.

Y oí
 el cañoneo
de la artillería.
Y oí
 el bombardeo
de la aviación.
El tanque.

 El paqueo
de fusilería
 — tabor y legión —
junto al traqueteo
de ametralladoras...
Y así los minutos, las horas,
el día,
la noche...

 Constante

sonar, sonante
tronar, tronante rugir y bramar,
— resuello de tigre, fauce de león —
constante, sonante, tronante explosión.
Rotas las gigantes
montañas—atlantes
del Mundo—a la par
que se hundía
bajo el carro de la Guerra,
¡oh! la Tierra
parecía
que crujía
desgajada,
machacada y aplastada
por el Cielo contra el Mar.

A la vera, vera
de un verde olivar,
— río y carretera—
me puse a escuchar.

LXXVII

En el campo, una choza,
 masía o paridera
 sin amueblar—despojo
 de soldadesca—.

Que no faltase nunca
 el llar, la chimenea,
 la lumbre,
 el haz de leña.
 Y a la lumbre los perios
 y el teléfono cerca
 y extendidos los planos
 sobre una mesa.
 Y en el suelo, de noche,
 la colchoneta
 y las mantas.

Sin más comodidades
 vivía el Jefe. Y quien lo vió, lo cuenta.

Pons, Enero de 1939

LXXVIII

.....
 Más allá, Seo de Urgel
 y más allá Puigcerdá.
 Más allá, un puente.

Por él
 no pases; que más allá
 no está España.

¡Y es infiel
 quien fuera de España está!

Seo de Urgel, Enero de 1939.

LXXIX

Tremp,
 Artesa,
 Pons,
 Solsona,
 Berga, Seo, Puigcerdá...
 El frente se desmorona,
 teje el triunfo su corona,
 Cataluña es nuestra ya.

Solsona, Febrero de 1939.

LXXX

El Segre canta y llora una elegía.
 Canta y llora. Y con él
 —lucero de la noche y sol del día—
 llora y canta el Ejército de Urgel:
 «¡Qué pena de Teniente Coronel!»

Fúnebre carroza,
 fúnebre ataud
 ven de noche Huesca, de alba Zaragoza,
 y de mediodía ve Calatayud.

Una voz de mujer, viuda enlutada,
 gime:

«¡Ay Parrulo! ¡Parrulo mío!»
 Y del Segre al Jalón, de río a río,
 el aire lleva la canción alada
 —canción y llanto funeral de Urgel—:
 «¡Qué pena de Teniente Coronel!»

Calatayud, Febrero de 1939.

LXXXI

La Cadena. La Pasada.
La pesada
y ligera artillería.
Carros.

Tanques.
Aquel día
fué muy dura la jornada.

Yo sentía
toda mi fuerza agotada.
Sin embargo no podía
dormir. Y sobre la almohada
revolvía
mi cabeza desvelada
lo que había
visto en la tarde pasada:
toda la heredad baldía,
toda la aldea asolada,
desolada la masía,
la virginidad violada
con sañuda alevosía
en la paterna morada
— tumba fría —.

Y, recién abandonada,
una cunita vacía,
su ropa desordenada
y caliente todavía.

LXXXII

Un «parte de novedades»
por teléfono, en campaña.

—Central, póngame Solsona.

—Solsona, póngame Escala.

.....

.....

.....

--Ejército, al habla Urgel.

--Urgel, Ejército al habla.

--¿Quién es ahí?

—El General.

—¿Y ahí?

—El General.

—¿Qué pasa?

—Se ha tomado el Pirineo
hasta la línea de Francia.

—¿Llivia también?

—También Llivia

es de España.

Locutores: dos ilustres
hombres, de pocas palabras.
El de Urgel es Muñoz Grande
y el del Ejército, Dávila.

Solsona, Enero de 1939.

LXXXIII

De Balaguer (Cataluña)
a Medinaceli (Soria)
van del carro de la Guerra
las cuadrigas vencedoras.

Muñoz Grande es el auriga
que de los corceles toma
las riendas, porque le ganen
con su pulso la victoria.

Por pirenaicas montañas
ciñó en las sienas coronas
de laureles, que refrescan
del Segre líquidas ondas.

Vencedor de la Olimpiada,
en Medinaceli forma
sus soldados, que desfilan
bajo los arcos de Roma.

Mediuaceli, Marzo de 1939

LXXXIV

Por la calzada romana
de Medinaceli suenan
con golpe acompasado de victoria
del General humilde las espuelas.
Y si al arco romano
borró el tiempo los laudes, en la piedra
robusta —nuevo triunfo—
perdido el nombre, la victoria queda.

Medinaceli, Marzo de 1939.

LXXXV

De Sigüenza a Mandayona,
hay una cruz de madera
enclavada en el recodo
de la curva carretera.

De Sigüenza a Mandayona
la cruz el sitio recuerda
donde murió asesinado
el Obispo de Sigüenza.

Sigüenza, Marzo de 1939.

LXXXVI

Caballo «Lucero»
de crines sedosas
y manos inquietas
y carne temblona,
¡Trotal!

Caballo «Lucero»
de mórbidas ancas
y cuello enarcado
—todo nervio y gracia—
¡Salta!

Trota, trota, trota,
caballo «Lucero»,
desde Mandayona.

Salta, salta, salta
sobre las trincheras
de Guadalajara,
caballo «Lucero»,
que me espera... el Alba.

Mandayona, Marzo de 1939.

LXXXVII

En la carretera
de Guadalajara,
tus corceles pára,
Victoria.

Te espera
para saludarte
el rendido Marte
con blanca bandera.

Con blanca bandera
si no te esperára,
lánzate en carrera
por la carretera
de Guadalajara.

Sigüenza, Marzo de 1939.

LXXXVIII

Franco ha ganado la guerra.
Milagro de Redención.
Para redimir al Mundo
se hizo Dios Hombre.

Y fué Dios

quien por redimir a España
se hizo Soldado Español.
Tanto monta, monta tanto
Redimida y Redentor.

Alcalá de Henares, Abril de 1939.

LXXXIX

Un día
te ví de fiesta, cuando yo venía
del campo de la guerra y de la muerte.

Y otro día de fiesta vuelvo a verte,
Arco de Santa María.

Por tí pasa el Caudillo.
Por tí la Guardia Mora
—cabalgata sonora—
con su viveza, su color y brillo.
Por tí las musicales
bandas y las marciales compañías.

Por tí las jerarquías
con su séquito y gloria.
Y el Imperio.

Y la Cruz.

Y la Victoria.

Burgos, Abril de 1939.

XC

Mi Oración primera,
mi primer Palabra
al pisar el Madrid redimido
de «puños y garras»,
para Tí, el Precursor de los brazos
en alto, del Aguila
Imperial y del Yugo y las Flechas
de la Nueva España.

Flor de los Caídos,
Víctima inmolada,
por lo que luchaste,
por lo que sufriste,
Doctor Albiñana,
contra todo Olvido, Destierro y Entierro,
las Musas y Gracias
ciñan tu memoria
de corona laúrea.

Madrid, Abril de 1939.

XCI

—Ven al balcón, madre mía.
—Hijo mío, ¿qué ves?
—Mucho sol, mucha gente y alegría.
Soldados, falangistas, requetés.
Que vuelven las banderas victoriosas.
Las cinco flechas y las cinco rosas.
La cruz de San Andrés,
Pero, madre, ¿quién es
aquél que manda aquella compañía,
que trae una bandera,
que un beso nos envía,
que nos ronríe y otro beso espera?...
¡Si es papá, madre mía!
¡Ay, madre! ¡Qué alegría,
que ya vuelve a reír la primavera!

Madrid, Abril de 1939.

XCII

—¿No te acuerdas, segoviana?
Rezaba yo de rodillas
y se me quedó mirando
la Virgen de la Fuencisla.
La mirada de la Virgen
era de madre ofendida.
La mirada de la Virgen
parece que me decía:
—¡Vete a la guerra! ¡El Caudillo
y España te necesitan!—

Las palabras de la Virgen
sonaron imperativas.
Yo la respondí, a pie firme:

— ¡A tus órdenes, María!—
Desde entonces, segoviana,
para tu amor y mi dicha,
a sus órdenes me tiene
la Virgen de la Fuencisla.—

Segovia, 21 de Abril de 1939

CXIII

Con un pie sobre la marcha
está Miguel de Cervantes,
pluma en mano, espada en cinto...

¿Se va a Flandes?
¿A Lepanto?
¿Quién lo sabe?

Imagino yo que quiere
salir de Alcalá de Henares,
porque no vean sus ojos
vestigios de una barbarie
que le hacen volver la espalda
a templos, aras y altares...

Con un pie sobre la marcha
está Miguel de Cervantes
esperando
el periniso del Alcalde.

Alcalá de Henares, Abril de 1939

XCIV

¡Oh, mi Señor Don Miguel
de Cervantes! ¡Cómo gozo
de ver a Vuesamerced
por Alcalá!

Que ¿quién soy?

Pues caballero me armé
para la guerra, un Quijote
de Castilla vengo a ser,
nuevo caballero andante
del Ejército de Urgel.
Llevo rodando en los frentes
desde el año treinta y seis.
Pero me voy licenciado...
¡Dios guarde a Vuesamerced!

Alcalá de Henares, Abril de 1939.

XCV

Un anillo
tiene España. Y un diamante
guarda Franco en un estuche,
—concha de mar, tierra y aire—.

España le dice a Franco:
—Si me dieras el diamante,
lo engarzara en el anillo
de mis Bodas Imperiales—.

Y a España
dá Franco toda la sangre
de los Caídos y todas
las lágrimas de las Madres:
lo que guarda en el estuche,
—concha de mar, tierra y aire—.

Bajo los arcos de triunfo
pasa Franco...

Paso le hace
la Victoria coronada
de minervas y estandartes.

Bajo los arcos de triunfo
pasa España...

Y en sus laudes
la Victoria va cantando:
—¡Oh! ¡Qué precioso diamante
lleva España en el anillo
de sus Bodas Imperiales!—

Sobre el trueno
de las armas ronco y grave,
en unísona armonía
de montañas y de mares,
veinte voces —¡Madre!— gritan
y un mundo repite —¡Madre!—,
puesto de pie, la alba frente
bañada de claridades.

Alcalá de Henares, Mayo de 1939

CXVI

Y dijo Dios en el tiempo:
—¡Háganse los Desposorios
de España con el Imperio!—

Y Dios dijo:

—¡Rindan armas los Ejércitos
de Tierra, Mar y Aire! ¡Rinda
sus estandartes el Pueblo!
¡Ante Mí, los Desposados
hagan sobre el Evangelio,
por el dolor de las Madres
y la sangre de los Muertos,
de una Patria, de un Estado
y un Caudillo, juramento!
¡Como Notarios Mayores,
levanten acta los Reinos
en fe de ser rescatados
y libres de cautiverio!
¡El Valor y la Victoria
sellen el acta con sellos
de Yugo y Flechas! ¡Y Franco
firme en mi nombre!—

Y fué hecho
cuanto Dios dijo, por Franco
su Caudillo. Y un cortejo
de veinte damas el vitor
a España Madre dijeron,
con un clamor de alegría
y de triunfo, entre el estruendo
de las armas victoriosas,
plenas de sol.

Así fueron
los Desposorios de España
con su Señor, el Imperio.

Alcalá de Henares, Mayo de 1939.

XCVII

Plaza de Zocodover
en Toledo, la Imperial.
Itinerario de gesta.
Vía de Españolidad.

Bajo el palio de las nubes
alcázar y catedral.
Piedras heroicas. Piedras
ungidas de santidad.

Sobre campo azul oscuro
grana de amapolas. Mar
de gente. Cruces alzadas.
Flechas y yugos en haz.

Por entre ruinas de gloria
lenta la carroza va.

Tapices. Damasco, seda
y heráldica señorial.
Púrpura cardenalicia.
Ornamento Conciliar.

Las jerarquías humanas.
La Divina Majestad.

Custodia: amor, teología,
transustanciación de pan.
Banderas: triunfo y victoria
con promisiones de paz.

El Corpus: Fiesta de Imperio
en Toledo, la Imperial.

Toledo, 8 de Junio de 1939.

XCVIII

En las ruinas de Toledo
no preguntes a la Historia
quién derribó del Alcázar
las torres majestuosas.

—¿Fué el obús?

—¿Fué la granada?

—¿Fué la mina?

—¿Fué la bomba?

Que la voz de la leyenda
te responderá:

—Ellas sólo,

rendidas por el esfuerzo
de la resistencia heroica,
cayeron sobre los Héroes
para aplastarlos de Gloria.

Toledo, Junio de 1939.

XCIX

Tuya es, Hermano Caído,
mi Oración.

La que aprendí de tus labios
cuando decías:

—¡Señor,

que el ser me diste y la gracia
de haber nacido español!
Por España y para España
mi vida en sangre te doy.
Es el Santo Sacrificio
de una Nueva Redención.
Acéptala como ofrenda,
como holocausto.

—¡Señor,
que España vea su Gloria
como ha visto su Pasión.
Torna su oscuro Calvario
en refulgente Tabor.
Y desde él —toda luz— suba
en católica ascensión
por la Victoria al Imperio,
por el Imperio hacia Dios.

Tuya es, Hermano Caído,
mi Oración.

Burgos, Junio de 1939.



Centinela del Imperio

Noble señor del campo
es el labriego, por derecho y gracia;
dásele Dios, perdido le conquista
y conquistado, le cultiva y labra.

Soldado de la paz y de la guerra,
en la guerra y la paz vela sus armas;
día y noche vigila
con el Caudillo, desde la avanzada
de la Victoria, el frente
sagrado de la Patria
y hace la centinela
del Imperio de España.

Cuando ruge la guerra
sobre nubes de pólvora y avanza
con truenos de explosiones, fulgurante
de rayos de metralla,
dique la pone con su noble pecho
y con su sangre generosa, raya.

Cuando la paz sonrío,
también sonrío y canta
el labrador... Sonrío con el campo
que se azula de mieses y engalana
de pámpanos doquier; canta la siega,
canta el amor de la mujer soñada,
la dicha placentera de los hijos
y la próspera hacienda de la casa.

A todos los trabajos
están hechas sus manos, manos ásperas;
sus pies hacen las sendas
de todos los caminos de la patria.

En los Años Triunfales,
le vimos en los campos de batalla,
manejar el fusil y la cureña
y la bomba de mano... y hacer marcha
a compás de los tanques, que mordían
con acerados dientes la alambrada.
Después de la Victoria,
le vemos en los campos de labranza,
cómo abre con la reja el surco recto
y remueve la tierra con la azada
y al paso lento de la yunta, el paso
lento acompasa.

A todos los amores
y a todos los dolores tiene el alma
y los brazos abiertos... Por él saben
los perseguidos y hablan
de libertad; de cuando
soldado le besaban
y él compartía entonces
con ellos vino y agua
y pan, —lloro y contento,
pena y gozo—, la cara
a un tiempo sol y nube
de risas y de lágrimas.

Sabe el labriego un algo
de española arrogancia,
porque el ser arrogante
le viene al español de herencia y casta.
¿En dónde halló el Caudillo
escolta más gallarda?

Sabe el labriego un mucho
de honradez, que es moneda castellana.
Por honradez en la amistad se cobra
y de honradez en la amistad se paga.

De la naturaleza
dice al dictado... Y dice las mudanzas
del tiempo, de los días y las noches,
el sol, la luna, el agua,
la nube, el trueno, el rayo,
el viento, la borrasca.

De la naturaleza
toma el lenguaje... Y dice la palabra
ruda, murmur de fuentes,
sonoridad de tralla,
canción de aves, zumbido
de abejas, roce de alas.

En la naturaleza
los sentidos empapa
de peregrinas hermosuras suaves,
de deleitosas armonías gratas,
dulces sabores, castos
perfumes y fragancias.

El campo es su recreo,
su libro de arte... ¡Y cómo se regala
cuando lee en la flor de primavera
la riente promesa de la grana!
¡Y cómo sufre y cómo
humildemente se resigna y calla,
cuando el granizo helado,
la tromba o la riada
sobre su libro de arte
borrando líneas y colores pasan!

Al amparo del cielo
el labriego trabaja
y cobra solamente
lo que el cielo le paga.
Así es con Dios de noble
como es también de noble con la Patria.

Pero así Dios le quiere
 que le dá la esperanza
 de su amparo y el oro de la espiga
 en la heredad sembrada.
 Y así la Patria su vivir conforta
 que le concede, por derecho y gracia,
 acogerse en su seno
 y ahondar en sus entrañas,
 para que sepa como nadie el hijo
 de puro afecto y maternales ansias.

Entre el hijo y la Madre
 un diálogo se entabla:
 —¿Qué quiere mi labriego?
 —Quiero mesetas y también montañas.
 Y ante sus ojos, de las dos Castillas
 y Extremadura extiende el panorama.
 Y ante sus ojos abre el gigantesco
 abanico de Asturias y Navarra.

—¿Qué quiere mi labriego?
 —Quiero vino
 y aceite y sal y gracia.
 Y le cede Aragón y Andalucía
 de pánpanos y olivos coronadas.
 —Quiero masías, blancos caseríos.
 Y le dá Cataluña y Vascongadas.
 —Quiero frutas y flores.
 Y Valencia
 y Murcia con sus huertas le regala.

—¿Qué quiere mi labriego?
 —Quiero minas
 de carbón y cascadas
 que arenas de oro arrastren...
 Y es Galicia
 y es León, a sus pies depositarias

de todos los magníficos tesoros
y riquezas magníficas que guardan.

—Quiero costas azules,
bellas islas y playas.

Y al tiempo que le ofrece
las Islas Baleares y Canarias,
despliega majestuosa por los mares
cantábrico y latino rica el halda
con su fimbria de espumas,
con su vuelo de nácar.

—¿Quiere más mi labriego?

—Quiero más, no me basta
la tierra; quiero un símbolo en colores
que me hable de mi historia, de mi raza,
de tí Una, Grande y Libre,
de tu Imperio hacia Dios...

La Madre calla,
hay un momento de emoción solemne
y flota la Bandera Roja y Gualda.

Así el labriego quiere y así quiere
al labriego la Patria,
porque siempre soldado valeroso
en la guerra y la paz vela las armas
y al sol y a las estrellas
con el Caudillo, sobre la avanzada
de la Victoria, monta
en el frente la guardia
y hace la centinela
del Imperio de España.



FINAL

Voluntariamente serví en la contienda.
Me alisté vasallo y hallé buen señor.
Sufrí por la Patria rigores del tiempo,
el frío, la escarcha, la nieve y el sol;
en el alma penas de ajenos dolores,
en la carne heridas de propio dolor.

¿Premios?

¿Qué más premio que salvar la vida?
¿Qué merced más alta y alto galardón?...
La dí para España, Dios me la devuelve,
yo se lo agradezco... Por Ella y por Dios
hice lo que pude... Que Dios me lo pague.
No he tenido nunca mejor pagador.

Burgos, 21 de Junio de 1939.





Í N D I C E

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	3
Égloga militar, preámbulo a las «Belisonancias»	5
Introducción.	7
Por mar, aire y tierra firme.	
Romance primero. Mar.	8
Romance segundo. Aire	14
Romance tercero. Tierra firme.	18
I Dijo Dios en el principio	25
II Por la anchurosa plaza de la villa.	25
III Tres campanadas = mil gritos	26
IV A la guerra me voy, madre.	28
V Las impresiones que anoto.	29
VI 17 de Octubre.	29
VII Por la carretera	31
VIII Cuando salió de Aguilar	31
IX Soldado era ya José.	32
X De Pomar el soldado	35
XI Mondéjar era un valiente	36
XII ¡Y que me fuí, madre mía	36
XIII El Moral tiene su historia	37
XIV Padre —me dijo Garmendia	39
XV Aquí cayó...	39
XVI ... Aquél caballero	39
XVII Todas las mañanas	40
XVIII De campanas.	41
XIX Si a Nestar todos los días	41
XX —Que en la fuente de Grijera	42
XXI ¿Qué hizo el moro a la gitana?	43
XXII Y ví que San Salvador	43

	<u>Páginas</u>	
XXIII	Estoy en Bustasur.	44
XXIV	Al tacto, terremoto	47
XXV	... Y en su marcha	48
XXVI	Francisco se fué a la guerra.	50
XXVII	Pues verán ustedes	53
XXVIII	Dios me ha dado un hijo	53
XXIX	Apunte de guerra	54
XXX	Día de sol. Y nevados	55
XXXI	Es voz y fama en Teruel	56
XXXII	De Villar del Cobo a Griegos	59
XXXIII	Mañana es San Juan, zagala.	61
XXXIV	¡Qué malos son los de Orihuela!	63
XXXV	- Quiero recordarte ahora.	65
XXXVI	- Castellana de Molina	66
XXXVII	Al alborear el cielo	68
XXXVIII	Dicen que está enamorado.	70
XXXIX	Cuando un calcetín de lana.	71
XL	Por templo, el hondo valle	71
XLI	En Griegos se hallaba Elena.	73
XLII	¡Escuadrón! ¡Escuadrones!	74
XLIII	Desolación...	74
XLIV	Porque el herrero del pueblo	75
XLV	Mal herido de metralla	76
XLVI	El Rojo—esclavo ruso—	77
XLVII	Lavando estaba la niña	77
XLVIII	En el arroyo juguetón y alegre	78
XLIX	«Si de tantas armonías	78
L	Cuentan en Burgos que un día	79
LI	Avenida de la Isla.	81
LII	«¡Rendición y Victoria!	82
LIII	En el cielo eternamente	83
LIV	Escena del frente.	83
LV	No sé dónde, oí	84
LVI	La guerra me trae y lleva	85
LVII	Vendado un ojo	85

	<u>Páginas</u>
LVIII Fusiles = Silbidos	86
LIX De paseo río arriba	88
LX Limpio, muy limpio el vestido	88
LXI El moro Juan está herido	89
LXII Salió de Misa el Alférez	90
LXIII Desde Rioseco	91
LXIV El artillero llora	92
LXV No perdono a la nieve	93
LXVI ¿Eres Font Bella o Font Vella	95
LXVII ¿Te acuerdas? ¡Qué bien cantaba	96
LXVIII La bella Rosalía	97
LXIX Víspera de Navidad	98
LXX ¡Me han herido	98
LXXI El Niño Dios nace	99
LXXII — Ven a mi lado, Hermanita	100
LXXIII Herido una vez cayó	101
LXXIV Por el aire	101
LXXV ¡Monte del Brialú!	102
LXXVI A la vera, vera	102
LXXVII En el campo, una choza	104
LXXVIII Más allá Seo de Urgel	104
LXXIX Tremp, Artesa, Pons, Solsona	105
LXXX El Segre canta y llora una elegía	105
LXXXI La Cadena. La Pasada	106
LXXXII Un «parte de novedades»	107
LXXXIII De Balaguer (Cataluña)	107
LXXXIV Por la calzada romana	108
LXXXV De Sigüenza a Mandayona	109
LXXXVI Caballo «Lucero»	109
LXXXVII En la carretera	110
LXXXVIII Franco ha ganado la guerra	110
LXXXIX Un día	111
XC Mi oración primera	111
XCI — Ven al balcón, madre mía	112
XCII —¿No te acuerdas, segoviana?	113

	<u>Páginas</u>
XCIII	Con un pie sobre la marcha 113
XCIV	¡Oh, mi Señor Don Miguel. 114
XCV	Un anillo 115
XCVI	Y dijo Dios en el tiempo 116
XCVII	Plaza de Zocodover 117
XCVIII	En las ruinas de Toledo 118
XCIX	Tuya es, Hermano Caído 118
	Centinela del Imperio 120
	Final 125



S
A
L
U
D
O
A
F
R
A
N
C
O
-
A
R
R
I
B
A
E
S
P
A
Ñ
A

BELISONANCIAS

FUÉ TERMINADO DE IMPRIMIR EL DÍA 14 DE MAYO DE 1940, EN LA IMPRENTA DE SUCESOR DE FOURNIER, PLAZA MAYOR, 56, BURGOS

Precio: Ptas.